



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. IV - Nº 34 Febrero de 2021

*“¡Alegraos, hijos míos,
el suceso es vuestro!”*

Intercesores para obtener el Reino de María en nosotros

Debemos considerar el valor simbólico de la obra de Nuestra Señora que transformó suavemente a estos niños simplemente apareciéndose varias veces en Fátima. Los tres cambiaron extraordinariamente como consecuencia de las revelaciones. Con uno de ellos, la Santísima Virgen dijo que estaba molesta. Fue Francisco, quien no la vio por eso. Por tanto, se le puede considerar un convertido.

Tenemos aquí algo parecido con el Secreto de María, es decir, una de esas acciones profundas de la gracia en el alma, que se desarrollan sin que la persona se dé cuenta. Ella crece en amor de Dios, en deseos de dedicarse, en oposición al pecado, pero todo eso se da maravillosamente dentro del alma.

Si la obra de Nuestra Señora en Fátima fue así, especialmente con esos dos niños llamados al Cielo, Jacinta y Francisco, podemos preguntarnos si eso no tiene un valor simbólico y si no indica cuál será la acción de Ella sobre toda la humanidad, cuando cumpla las promesas que hizo en Cova de Iría.

Sería, por tanto, un comienzo del Reino de María, siendo el triunfo del Inmaculado Corazón sobre dos almas pregoneras de la gran revelación de la Virgen, y que, por sus sacrificios y oraciones en la tierra y por sus oraciones en el Cielo, ayudaron y aún ayudan enormemente a las almas a aceptar el mensaje de Fátima.

Así, Francisco y Jacinta son los intercesores naturales para pedir y obtener de María Santísima que comience su Reino en nosotros, desde ya, por esa transformación misteriosa que es el Secreto de María.

Pidamos que ellos velen especialmente sobre aquellos que tienen la misión de predicar y vivir el mensaje de Fátima.

(Extraído de conferencia de 13/10/1971)



Sumario

Vol. IV - No. 34 Febrero de 2021



Nuestra Señora del Buen Suceso – Real Convento de la Inmaculada Concepción, Quito, Ecuador.

Foto: Gabriel K.

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://cabalerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Reina del Buen Suceso*



PIEDAD PLINIANA

5 *Gracia de la oración insistente*



DOÑA LUCILIA

6 *El papel de Doña Lucilia en la formación del Dr. Plinio*



DE MARIA NUNQUAM SATIS

8 *La Presentación del Niño Jesús y Nuestra Señora del Buen Suceso*



EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO

14 *Espíritu metafísico y espíritu sobrenatural - I*



PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

17 *La adaptación de los pueblos en medio de las transiciones históricas - II*



SANTORAL

20 *Santos de Febrero*



HAGIOGRAFÍA

24 *San Teodoro: un mártir increpador*

APÓSTOL DEL PULCHRUM

30 *Símbolo de la santidad, majestad y fuerza - I*



ÚLTIMA PÁGINA

36 *Nuestra Señora salud de los enfermos*

Reina del Buen Suceso

Nuestra Señora del Buen Suceso es reina en el verdadero sentido de la palabra: tiene majestad y, al mismo tiempo, bondad; es batalladora y también triunfadora, cuyo semblante da la idea de que, al combatir, posee la certeza de la victoria. Esta es la Reina del Buen Suceso.

Para nosotros, lo que importa en nuestra lucha, no es ganar la batalla del día de mañana, a no ser como condición de vencer en la guerra, pues es eso lo que debemos desear. El suceso es la gran victoria final de la Contrarrevolución en la guerra emprendida por la Revolución contra la Santa Iglesia y la Civilización Cristiana. Debemos pedir esta victoria a Nuestra Señora.

San Ignacio de Loyola da un consejo muy sabio: En todas las cosas debemos actuar como si todo dependiese de nosotros y nada de Dios; y esperar como si todo dependiese de Dios y nada de nosotros. Así, en la lucha contrarrevolucionaria, debemos actuar con energía, constancia y dedicación como si todo dependiese de nosotros, confiar, reconociendo que todo, inclusive nuestra dedicación y energía, depende de Dios Nuestro Señor. Es por las oraciones de María Santísima que nos vienen las gracias del Cielo para ser dedicados.

Tenemos que comenzar por suplicar a Ella que nos dé esa dedicación, el amor a Dios, el entusiasmo por la causa católica, aquella compenetración del espíritu católico que hizo con que el gran Apóstol San Pablo dijese de sí mismo: “no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí” (Gal. 2, 20).

Si pedimos fuerzas a la Santísima Virgen, las obtendremos, Ella es la Reina de los valientes. La Santa Iglesia aplica a la Madre de Dios esta frase de la Escritura: “Terrible como un ejército en orden de batalla” (Cant. 6, 4).

Debemos, pues, impetrar a Nuestra Señora principalmente dos gracias: una gran confianza en su misericordia, y que Ella nos dé su intransigencia soberana, perfectísima, la indignación triunfante con la cual presidirá los acontecimientos predichos por Ella en Fátima.

Entonces, contemplaremos en su semblante la expresión de victoria complacida de Reina, como la representa la imagen del Convento de las Concepcionistas de Quito, en la cual vemos esperanza, fuerza, señorío y dominación.

“Nuestra Señora del Buen Suceso”, yo interpreto como siendo, por excelencia, la invocación del Reino de María. De esa manera se nos manifestará como diciéndonos:

*“¡Hijos míos, alegraos y levantad el ánimo! Si resolví vencer, el resto no tiene importancia. La hora de mi misericordia está derramándose sobre vosotros, por lo tanto, nada les sucederá que contrarie a mis planes. Lo que pase será de acuerdo con mis designios y, en el fondo, para vuestro bien. ¡Alegraos! El suceso es mío, porque yo soy la reina del Buen Suceso; el suceso, por lo tanto, es vuestro, porque sois mis hijos.”**

* Pasajes extraídos de conferencias de 26/8/1977, 16/11/1977 y 2/6/1979.



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.



Flávio Lourenço

Virgen del Rosario - Iglesia
de San Pedro, Nueva
Carteya, España

Gracia de la oración insistente

iOh Madre mía! Mirad misericordiosamente a mi alma y obtenedme el espíritu de oración por el cual yo recurra siempre a Vos, y tanto más recurra cuanto más me atendáis, pues vuestros favores nos incitan a pedir dones mayores.

Os ruego, además, otra gracia: la de pedirlos tanto más cuanto menos parezcáis atenderme. Pues Vos amáis la oración insistente y confiada; cuanto mayor sea la aridez o la demora, más apreciable será la gracia que desde ya nos prepararéis. Amén.

(Compuesta el 30/7/1971)



El papel de Doña Lucilia en la formación del Dr. Plinio

El alma de Doña Lucilia estaba hecha de una gran elevación, una enorme admiración por la obra de Dios y por Nuestra Señora, una firmeza que nadie quebraba y un cariño al cual era difícil resistir. Esos rasgos del alma de su madre llevaron al Dr. Plinio a comprender y amar a la Santa Iglesia Católica.

¿Cuál fue el papel de mi madre en la formación de mi alma?

Lo que no dejo de agradecerle, desde el fondo de mi alma, es su carácter de alma profundamente católica, no sólo en el sentido de una persona que reza mucho, aunque ella rezaba mucho; tengo en mi salón la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, delante de la cual ella oraba a veces hasta dos o tres horas de la mañana.

Sin embargo, no era sólo eso, sino que su mentalidad era enteramente católica, que se reflejaba en una elevación de alma por donde todas sus reflexiones, incluso las más pequeñas, se aferraban a valores espirituales muy altos, lo que se notaba en su modo de ser, en su mirada, en su inflexión de voz, en su trato y en esa mezcla realmente incomparable de dignidad, firmeza, mansedumbre y afecto que la caracterizaba más que a nadie. Nunca conocí a nadie que, ni de lejos, se pareciera a ella en ese sentido.

Cariño y firmeza

En una ocasión tuve un ejemplo de eso cuando una joven, pariente mía,

acompañada de su novio, me visitaron en mi apartamento, donde mi madre conservó una serie de cuadros pintados al óleo de sus antepasados, así como muebles antiguos de la familia. Naturalmente, todo eso lo guardé.

Cuando entré en el salón de visitas, me encontré con algunos familiares, entre ellos al padre de la novia mostrando y comentando para su futuro yerno los cuadros de los antepasados de la joven. En cierto momento, ella entró en mi estudio, cogió una fotografía de mamá y se lo llevó al novio para que la viera.

El novio no la conoció pues ella ya había muerto. Miró la fotografía y dijo: “¡Pero cuánto cariño, cuánto cariño!”

Percibí que había quedado impresionado. Pero si hubiese dicho: “Cuánta decisión, cuánta firmeza”, habría dicho también la verdad. Porque su alma estaba hecha de una

gran elevación, de una enorme admiración por la obra de Dios y por Nuestra Señora, una firmeza que nadie quebraba y un cariño al que era difícil resistir.

Estos eran los rasgos de su alma que me encantaron y transparecían en su piedad. Esto me llevó a comprender y amar a la Iglesia católica como yo la amo.



Archivo Revista



Triple maternidad

No fue sólo eso. Después de que ella preparara mi alma para entender la Iglesia, yo estudié con empeño, en la medida en que pude, la Iglesia, sus doctrinas, sus instituciones, sus leyes, su obra. De manera que no es sólo el recuerdo de un modelo materno lo que me mantiene en esa adhesión. Sin embargo, nunca habría visto completamente a la Iglesia si no hubiera contemplado este modelo maternal.

Por eso, doy gracias a la Virgen por haberme dado esta madre. Para mí, el gran mérito de ella fue

haber encaminado mi alma a otra madre que es la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

El alma de esta otra madre, que es la Santa Iglesia, tiene a su vez un trono para una tercera madre que es María santísima. A través de una madre caminé hacia las otras. Es de esta triple maternidad – una física-espiritual, las otras dos, espirituales y sobrenaturales – que se alienta mi ánimo y mi piedad. ❖

(Extraído de conferencia de 30/7/1978)

La Presentación del Niño Jesús y Nuestra Señora del Buen Suceso

De los episodios narrados en el Evangelio, ninguno deja tan claro el papel de Nuestro Señor en cuanto combativo como la Presentación del Niño Jesús en el Templo. Ahí Nuestra Señora presenta el éxito de su divina gestación, convirtiéndose en patrona de todos los que buscan un buen suceso para el servicio de la causa de Ella.

Nuestra Señora del Buen Suceso, de la Candelaria, de la Purificación. ¿Qué significan estas tres invocaciones? ¿Qué dicen de la vida de la Santísima Virgen? ¿En qué sentido deben hacernos comprender las relaciones profundas que nuestra piedad puede establecer entre la fiesta del Buen Suceso, de la Candelaria, de la Purificación y nosotros? Comprendiendo esto podremos relacionar la devoción a Nuestra Señora del Buen Suceso con nuestras esperanzas.

El nacimiento del Niño Dios

Consideremos al Niño Jesús recién nacido, acostado en el pesebre de Belén, en una noche fría. La Virgen previendo todo con el amor que podemos imaginar; a pesar de su pobreza, preparó pequeñas túnicas para ponerle, apenas naciera. Evidentemente dispuso esas túnicas de acuerdo con las diversas temperaturas posibles, de manera que el Niño Dios no sintiera frío.

¿Cómo sería el interior, la intimidad de María Santísima pensando en esas cosas!? Se admite piadosamente que Nuestro Señor nació a la medianoche y que, antes de nacer, Ella entró en un éxtasis altísimo, durante el cual dio a luz al Niño Jesús.

El nacimiento del Hombre-Dios se dio de un modo maravilloso por el cual su Madre Santísima permaneció virgen antes, durante y después del parto; verdad que la Iglesia siempre afirmó con esta energía de lenguaje de que sólo el pensamiento católico es ca-

paz, declarando así, de modo categórico, la virginidad materna de María.

¿Cómo pudo suceder eso? Hay una escena en el Evangelio en que Nuestro Señor entra en un recinto con todas las puertas y ventanas cerradas. Se suele citar ese pasaje como explicación de la virginidad durante el parto. Jesús puede atravesar todos los obstáculos materiales, pues, siendo Dios, su cuerpo terrenal podría asumir las propiedades de los cuerpos gloriosos y atravesarlo todo, incluso antes de su Resurrección.

Poco después, el más alto de los éxtasis se interrumpió y Ella necesitó cuidar al Niño que podía estar con frío.

“¡Aquel que imaginaste, Tú lo engendrarás!”

Siendo concebida sin pecado original, la Santísima Virgen poseía una inteligencia perfecta, exenta de las debilidades inherentes a nuestra naturaleza mancillada por la mancha original. En consecuencia, al leer las Escrituras – estando inundada de gracias de Dios para interpretarlas – Ella llegó a componer la fisonomía, el espíritu, la mentalidad del Mesías anunciado por los profetas y tan esperado por Ella.

En el momento en que María Santísima completó la imagen del Mesías, formada por Ella en meditación, el Ángel apareció invitándola para ser la Madre de Aquel que su espíritu había concebido.

Por tanto, una primera tarea en la vida de la Virgen fue concebir, por la inteligencia, cómo sería el Hijo de Dios. Pero concebir con cuidado, evitando cualquier distracción y negligencia que pudiera hacer un poco menos nítida, santísima, la imagen que Ella estaba llamada a tener de Aquel que, sin Ella saber, sería su Divino Hijo.

¡Qué santidad es necesario poseer para imaginar la mirada, el timbre de voz, los gestos, el caminar, el divino reposo del Hijo de Dios! ¡Qué alma hay que tener para intentar algo como esto y alcanzar el éxito!

Más aún: Qué alma debe poseer para que, después de haber hecho esa obra interior de composición,

do su desarrollo físico y mental fuera perfecto. Ella era la responsable de esto y tenía la enorme obligación de llevar su tarea al punto perfecto.

Ese punto perfecto fue el momento gozoso y triste en que Jesús, ya adulto, le dijo:

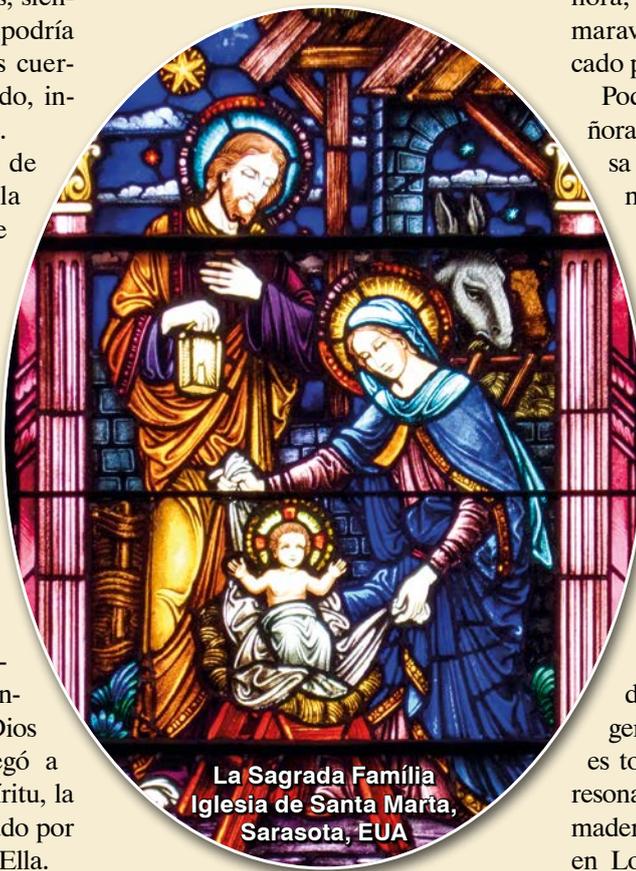
– Madre, estoy completamente constituido y formado. Ha llegado mi hora; me marcho para predicar, para maravillar a los hombres y ser crucificado por ellos. ¡Madre mía, adiós!

Podemos imaginar a Nuestra Señora yendo hasta la puerta de la casa viéndolo apartarse por el camino, quizás al caer la tarde, y contemplando su sombra, que se iba alargando a lo largo del camino. Después, Ella cerraba la puerta y quedaba sola. Quizás para consolarla, los Ángeles comenzaron a cantar! Sin duda era maravilloso, pero no valía una mirada, una manifestación de cariño y de respeto de su Hijo. Sólo de oír, por ejemplo, el eco de sus pies divinos sobre aquel suelo tan pobre, ya la llenaba de alegría. ¡Qué caminar de rey, de general, de maestro! Pobres reyes, pobres generales, pobres maestros... ¿Qué es todo esto en comparación con el resonar de su paso sobre las tablas de madera de la santa casa, que hoy está en Loreto? ¿Quién podría remediar esta ausencia?

A lo largo de la narración del Evangelio vemos que Nuestra Señora a veces aparece. Sobre todo, en aquel encuentro con su Divino Hijo camino del Calvario. A mi ver, la escena más pungente que hubo en la tierra.

De la misión de engendrar viene la de cuidar

María Santísima tenía, por tanto, una primera misión: concebir al Hombre-Dios, y lo concibió espléndidamente. Poseía, además, la misión de engendrarlo y, para eso, cuantos cuidados a



Dios le diga: “¡Aquel que imaginaste, Tú lo engendrarás!” Qué premio maravilloso: “¿Reflexionaste, dedicaste tu mente a desvendar eso? ¡Acertaste! Tú lo hiciste con tanto amor y juicio, que Yo te afirmo: ‘¡Tú lo engendrarás!’” Nunca hubo y ni habrá premio igual en la Historia del mundo.

Jesús se despide de su Madre

Sin embargo, Ella se encargaba de cuidar al Niño, de manera que en ningún momento un escalofrío o un poco de sufrimiento con el calor pudiera ser sentido por Él. Y que to-



Flávio Lourenço



Anunciación - Museo de los Agustinos, Friburgo en Brisgovia, Alemania

fin de que todo se diera perfectamente, y que esa gestación fuera para el Divino Embrión como un sol que nace, recto, perfectamente adecuado, conveniente, santo. Imaginen su encanto al sentir en sus entrañas virginales que Él se movía. Más aún, que se comunicaba con Ella, y por la oración conversaban.

Vemos entonces, cómo de la tarea de concebir perfectamente a Jesús viene la de cuidarlo perfectamente.

Termina una tarea, comienza otra. El Niño nace, es el final de todo un período, que comenzó con su primera reflexión sobre cómo sería el Salvador, hasta el momento de su nacimiento. Y Ella contempla, por primera vez, aquel semblante que tanto deseó contemplar: rostro pequeño, de niño inocente, pero ya fisonomía de Rey, de Maestro, de quien hará milagros, porque lo sobrenatural se irradiaba de tal manera en Nues-

tro Señor, que daba la impresión de que cuando le aproximaban cualquier enfermo, este se curaría inmediatamente.

Sin duda, una de los compromisos de la Santísima Virgen fue vestir a su Divino Hijo. Cuando Adán y Eva pecaron, Dios hizo para ellos sus primeros trajes. Cuando el Niño nació, fue la criatura humana la que vistió a Dios. ¡Cómo todo eso es bonito y se presta a meditaciones!

María Santísima presenta el Niño en el Templo

La Ley del Antiguo Testamento determinaba que, lo más pronto posible, las madres llevaran al Templo a su hijo recién nacido, para presentarlo a Dios y purificarse. Esa era una regla que toda buena madre israelita cumplía. Por cierto, una linda regla en la cual se refleja la santidad de Dios. El bebé nace en medio de peligros. Toda gestación trae riesgos. Pero, al final, nació. ¡Oh, suceso feliz! La madre toma el niño, va hasta el Templo y ofrece a Dios aquel bebé que pertenece a Dios, pues Él lo creó. La antigua Ley tornaba esto obligatorio.

Nuestra Señora era superior a la antigua Ley. Dios no está sujeto a la Ley que Él mismo hizo. El Legislador es superior a la Ley, salta a la vista. Entonces, Él no estaba obligado a ir, ni Ella tenía obligación de llevarlo al Templo de Jerusalén. Pero

quiso hacerlo por respeto a la Ley, a la tradición. Y amando ese concepto de tradición, animada por el amor intensísimo que tenía a Dios, Nuestra Señora lleva a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad al Templo de Jerusalén.

Episodio único en la historia del Templo: el propio Dios encarnado que entra en él. Valdría la pena construir un Templo mil veces más esplendido que ese, para que ahí entrara Dios encarnado. Era la hora máxima, la hora santa, la hora perfecta. Se podría decir, en ese momento, que los ángeles llenaron el Templo y se pusieron a cantar.

Ella entró, pero casi nadie lo notó... Nadie oyó a los ángeles. La decadencia religiosa del pueblo elegido era enorme. Aquello estaba lleno de tiendas, con gente haciendo comercio de toda clase. Los sacerdotes eran los precursores próximos de aquellos que habrían de trabajar para la crucifixión de Jesús, si no eran ya los mismos que lo crucificarían. Todo estaba en ruinas. Aquel que es el creador de todas las cosas entró por aquellas ruinas espirituales... Y aquellos hombres decadentes no lo notaron. Ella cumple el rito de la Presentación.

Un anciano amarrado a la vida por una promesa

Simeón, que era el profeta indicado por Dios para eso, actúa para purificarla, o sea, hace el rito con Ella, y recibiendo al Niño en los brazos entonó aquel cántico que comienza así, en latín: “*Nunc dimittis servum tuum in pacem...*” – “Ahora, Señor, llevad a vuestro siervo en paz, porque mis ojos han visto al Salvador...”

Ella oye encantada a aquel anciano, que parecía amarrado a la vida por una promesa que no se había cumplido: la promesa divina de que vería al Mesías antes de morir. Aquel hombre vio al Mesías llegar y can-

ta: “Señor, ahora llevad...” Y prevé el futuro de aquel Niño, la gloria y la Cruz. Y dice: “Tú serás piedra de escándalo para que se revelen los pensamientos de muchos corazones.” Pero al mismo tiempo aclama, diciendo que es “Lumen ad revelationem gentium” – “Luz que se manifiesta a los hombres.” Y una profetiza, Ana, también canta sus glorias. Los dos saben, por inspiración divina, lo que hasta entonces sólo San José y Ella sabían, que Aquel es el Hijo de Dios.

Patrona para la hora en que el Reino de María nazca en la tierra

¿Qué significa aquí conmemorar el buen suceso? El suceso es un buen suceso, digno de nota, cuando se realiza algo que exige cuidado, empeño y da un resultado bueno. ¡Es hijo del esfuerzo, de la dedicación y del heroísmo! Ahí es que tenemos un buen suceso. Nuestra Señora lleva al Templo a Aquel que es la prueba de que la gestación fue perfecta. Allí estaba el Hijo de Dios.

Aquellos que están entregados a una tarea ardua, que tienen una responsabilidad grande, una serie de co-

sas difíciles de hacer, a fin de llegar a un resultado, cuando alcanzan el resultado, tienen un suceso. Nuestra Señora del Buen Suceso es la patrona de todos aquellos que buscan un buen suceso para el servicio de la causa de Ella.

¿Cómo merece ser llamado de “buen suceso” el éxito de aquellos que, en las tinieblas de la noche del neo paganismo de nuestros días, trabajan para que nazca el sol del Reino de María! ¿No será Nuestra Señora del Buen Suceso una patrona, muy felizmente indicada para la hora en que el Reino de María al final nazca en la Tierra? Hijos de la Santísima Virgen, indignos pero amorosos, plenos de encanto, cuando irradie la luz del Reino de María podremos decirle:

“Señora, nosotros os presentamos aquí al mundo que vos iluminasteis; la luz de vuestro Reino es nuestro suceso; ¡Madre Nuestra, es vuestro suceso! Vos hicisteis todo, comenzando por nosotros. ¿Cuándo alguno de nosotros, niño aún, fue llevado a las fuentes bautismales, qué mérito tuvo para eso? ¿Qué gracia tuvo fuera de vuestras oraciones? ¡Qué gratitud asombrosa la de ese don!”

Ahora, fue la Santísima Virgen quien nos consiguió la gracia que nos

llevó al bautismo. ¿Quién trajo esa gracia para el género humano si no el Hijo por Ella engendrado? Él es el autor y la fuente de la gracia. Si Nuestro Señor no hubiera muerto en la Cruz, nosotros no tendríamos la gracia. Ese torrente de gracia que fluye sobre el mundo se abrió para los hombres en la hora en que Él murió. Pero esa gracia, de algún modo, comenzó a estar presente en el mundo en el momento en que Ella dijo: “*Fiat mihi secundum verbum tuum!*” – “¡Hágase en mí, según tu palabra!” Y bajó sobre el mundo en el momento en que el Padre Eterno pidió su consentimiento, para que Nuestro Señor Jesucristo muriera en la Cruz. Y Ella hizo esa cosa sublimemente terrible, diciendo: “Muera entonces, por amor al género humano y para que se haga vuestra voluntad.”

¡Todos los que trabajan a favor de la Contra-Revolución, en último análisis, actúan para que nazca el sol del Reino de María sobre el mundo! Es



Presentación del Niño Jesús en el Templo



Profeta Simeón con el Niño Jesús - Venecia, Italia



algo vagamente parecido con una generación, y el Reino de Maria se parecerá admirablemente con un buen suceso, con un magnífico suceso.

Indicaciones para esculpir una imagen

Tal vez ahí se encuentre la explicación de que Nuestra Señora aparezca tan regia en la imagen que la representa, en el convento de las concepcionistas de Quito, esculpida magníficamente por ángeles.

Durante una aparición a la Madre Mariana de Jesús Torres, la Santísima Virgen dio todas las indicaciones de cómo debería ser su imagen, inclusive el tamaño, cogiendo el cordón del hábito de la Madre Mariana para medirse a sí misma.

El escultor comenzó a hacer la imagen y no conseguía. Un bello día, llegó al coro donde estaba esculpiendo la imagen en madera y la encontró terminada.

Después de eso, Nuestra Señora se apareció para conversar con la Madre Mariana de Jesús Torres, caminando juntas por los claustros del convento. Como prueba de la autenticidad de esas apariciones, al amanecer su manto estaba mojado por el rocío. ¡Qué maravilla caer el rocío sobre el manto de la Reina del Cielo y

de la Tierra! ¡Ningún palacio, ninguna diadema real, nada tuvo la belleza de esas gotas de rocío, posando y brillando sobre el manto de la Virgen!

Un hecho de la vida de la Madre Mariana, profetiza del Buen Suceso de Nuestra Señora

La Madre Mariana de Jesús Torres, para ser fiel a su vocación – una especie de profeta del Buen Suceso de Nuestra Señora, del Reino de María –, tuvo que pasar por probaciones terribles. Yo no resisto el deseo de contar una:

Su monasterio fue erigido en la época en que, tanto Brasil como América hispana eran colonias, de Portugal y de España respectivamente. Tuvo siete fundadoras; junto con ella, las otras religiosas fundaron el convento. Después recibieron, creo yo, otras vocaciones de España, y entraron también muchas del lugar, que eran mestizas de indias. Y una monja pésima – Judas los hay por todas partes y de ambos sexos –, india o mestiza de india, provocó una rebelión de las indias contra las españolas, que eran santas. Establecieron una persecución horrible, y la Madre Mariana de Jesús Torres llegó a ser presa en la cárcel del convento. Ella rezó continuamente por la perseguidora.

En determinado momento quedó claro que la perseguidora no tenía razón, y que la Madre Mariana estaba en lo cierto, y fue elegida como abadesa. La perseguidora en poco tiempo enfermó, entró en agonía e iba morir. La Madre Mariana, que había colmado a esa revolucionaria de bondades durante la enfermedad, llegando la hora de su agonía pidió especialmente a Dios, por medio de Nuestra Señora, que salvara aquella alma. La respuesta que vino fue esta: “Podrá salvarse, si por amor a tu perseguidora aceptarás que tu alma pase cinco años en el Infierno.”

Ella consintió y la monja se salvó, habiendo pasado por un purgatorio no pequeño. Y el alma de la Madre Mariana fue puesta en el Infierno. Lo que ella sufrió durante esos cinco años fue una cosa tremenda, inclusive – sus memorias no me parecieron muy claras a ese respecto – parece que ella se había olvidado de que hizo ese ofrecimiento y pasó cinco años con el pavor por la idea de haber sido condenada, y que sufriría el infierno por toda la eternidad. Ella sólo pedía una cosa a Dios: que nunca permitiera que ella dejara de amarlo.



Claustro del Convento de las Concepcionistas en Quito, Ecuador



La Madre Mariana tomando las medidas de Nuestra Señora Real Convento de la Inmaculada Concepción, Quito, Ecuador

Gabriel K.

Gabriel K.

Pasados los cinco años, le fue revelada la realidad y el tormento cesó. ¡Y ella que era una persona de una gran belleza, un prodigio de belleza, muy sonrosada, con colores muy saludables, que conservó hasta el fin de su vida, durante ese tiempo enflaqueció, marchitó, pero después refloreó completamente!

Por aquellos claustros, que varias personas aquí presentes vieron, la Madre Mariana pasó penando por una enemiga. Con el alma sufriendo los tormentos del infierno. Ella allí conversó con Nuestra Señora del Buen Suceso. ¡Qué conversaciones... parecidas con las de Adán con Dios en el Paraíso!

Qué penas y tormentos, que alegría cuando ella volvió a la luz y comprendió que a su frente había un tanto más de vida y después el Cielo se le abría.

Presentación del Niño: Nuestro Señor en cuanto combativo

Es interesante notar que, de todas las páginas del Evangelio, no me acuerdo de ninguna, en la que el papel de Nuestro Señor en cuanto combativo esté tan bien acentuado como en ese pasaje de la Presentación del Niño Jesús en el Templo. Porque Él es calificado por el Profeta Simeón, quien recibió al Niño Jesús de las manos de Nuestra Señora, como piedra de escándalo que va a dividir a los hombres, para que se conozcan en muchos corazones sus verdaderos pensamientos.

O sea, Él crea un caso y divide las almas a lo largo de toda la Historia. Escandaliza a los escandalosos, a los sinvergüenzas, a los malos, a los hipócritas. Esos que Nuestro Señor denuncia y molesta se levantarán contra Él. Aquel Niño declara una gran batalla hasta la consumación



Nuestra Señora del Buen Suceso - Real Convento de la Inmaculada Concepción, Quito, Ecuador

de los siglos y divide la humanidad. El gran divisor de la humanidad es Nuestro Señor Jesucristo, aquel mismo Niño, tan encantador, que se nos presenta en el pesebre en Navidad.

¡Cómo sería interesante si hubiera, en alguna iglesia, al pie del pesebre una cinta, a respecto de aquel Niño tan gracioso e inocente, con los brazos en forma de cruz, con la frase que afirma que Él va a dividir al género humano! ¡Cómo sería bueno, cómo formaría bien la piedad, cómo sería magnífico!

Castigos, sonrisas y pruebas de amor maternal que vendrán sobre América Latina

Ahora, la profecía de Nuestra Señora, recogida en la revelación a la Madre Mariana de Jesús Torres, trata exactamente de eso. Ella habla de

un tiempo en que el Ecuador sería independiente de España y adoptaría una forma de gobierno propio, y que ese país y toda América del Sur serán sacudidos por una gran revolución.

Y se refiere indiscriminadamente a América del Sur como siendo un gran todo socio-político-económico que va a pasar por una revolución religiosa y una revolución de orden temporal, las cuales irán a sacudir todo, y que será un castigo para la humanidad. Y después vendrá el triunfo de María Santísima, el Reino de Ella, la vitoria de aquellos que Nuestra Señora hubiera suscitado para luchar por Ella en esa difícil ocasión. Se comprende esa concepción de América del Sur, como que constituyendo un todo. Porque en el tiempo en que la Madre Mariana de Jesús Torres recibió las revelaciones, Brasil hacía parte de la corona española. Sucede que la corona de Portugal fue heredada por Felipe II, que era, por tanto, rey de España y de Portugal. Y, en cuanto tal, Señor de Brasil, que era colonia portuguesa. Razón por la cual toda América del Sur estaba bajo el dominio de un sólo monarca, que era Felipe II y sus sucesores. Se entiende así, que ella viese todo esto como una sola convulsión.

Es curioso que frente al mundo de nuestros días América Latina es tenida también como un sólo todo. Hay por tanto, la noción clara de la gran unidad que América Latina constituye y en consecuencia, de los grandes castigos, sonrisas y pruebas de amor maternal que sobre América Latina sobrevendrán.

Así, esta fiesta nos habla muy especialmente a ese respecto. ❖

*(Extraído de conferencias de
2/2/1983 y 2/2/1985)*



Espíritu metafísico y espíritu sobrenatural – I

Quando está bien orientado, el espíritu metafísico debe buscar siempre la perfección absoluta, conduciendo a la persona al orden sobrenatural en el cual la Iglesia nos introduce. Esta disposición de alma, que se resume en el espíritu sacral, es el presupuesto de la buena formación espiritual y de la Civilización Cristiana.

El espíritu metafísico es aquella excelencia del espíritu humano por la cual la inteligencia no se contenta con las explicaciones inmediatas de las cosas, sino que procura una explicación suprema. No se contenta con la satisfacción limitada que las cosas terrenas pueden dar, sino que busca un deleite más alto, trascendente. Y con el mero uso de la razón, por lo tanto sin recursos sobrenaturales, procura hacerse una idea de cuál es esa explicación de todas las explicaciones, ese bien de todos los bienes, y construye aquello que nosotros llamaríamos los datos naturales de la religión.

Marcha del espíritu metafísico

Así, la existencia, la unidad, la eternidad, la perfección de Dios. Él en cuanto siendo justo y, por tanto, que castiga y premia, ama a los hombres, los gobierna. Estas son verdades al respecto de Dios que el hombre con espíritu metafísico deduce por la razón, considerando el universo.

La marcha del espíritu metafísico puede colocarse de la siguiente manera. Yo veo una persona que practica un acto extremadamente bueno, por ejemplo, de valentía, de caridad o de severidad. Miro eso y digo: “Es extraordinario cómo ese hombre tiene tal virtud. Pero la posee de un modo limitado. Yo podría imaginar esta virtud existiendo en un grado mucho más alto en otro”. Esto es siempre verdad. Aunque nosotros conociéramos a Aquella que es el sol de las virtudes, Nuestra Señora, podríamos decir: “Ella tiene esta virtud en grado de deslumbrar, de conmover, de no se saber qué decir.” Pero analizando las cosas con toda firmeza, nosotros diríamos: “Aunque se pudiese ser más santo que ella, santo de una santidad inalcanzable por ninguna criatura, sólo Dios”

Entonces, después de ver a una persona muy buena, puedo afirmar: debe existir una bondad mayor que la de ella. Porque toda bondad menor no existiría si no fuese la bondad infinita de la cual ella participa. Lue-

go, debe haber una bondad infinita, un Ser que es infinitamente bueno; no es sólo infinitamente bueno, sino la propia bondad: Dios.

Con todo del universo que veo puedo hacer esto. Por ejemplo, aquella flor francesa, llamada *muguet*, que florece en mayo y da la impresión de unos venticientos blancos, es la propia expresión de la delicadeza. Si tal flor tiene aquella delicadeza, mi alma – que gusta de la delicadeza – apreciaría conocer, es apetente de una delicadeza inmensamente mayor que aquella. Mas aún. Mi alma, que es finita, apetece una delicadeza infinita. Y después que conocí una cosa delicada, mi alma sólo encuentra reposo en el momento en que halla la delicadeza infinita.

La Iglesia nos introduce en un orden sobrenatural

Todas las cosas delicadas de la Tierra no me bastan, yo quiero más, siempre más, quiero lo perfecto, lo infinito. Esta disposición del espíritu de, en materia de bien, de belle-

za, querer siempre lo perfecto y sólo contentarse con lo perfecto, es una excelencia de alma. Esto lleva a la consideración, por vía de razón, de un Dios que tenga esto, y mi comprensión: soy un desgraciado, un miserable mientras no conozca a este Dios. Toda la vida es pálida e inexpressiva mientras no lo conozca.

Es absurdo que la naturaleza esté mal constituida. Ahora bien, sería mal constituida si no existiese la delicadeza infinita. Luego, ella existe, y por tanto, hay un Dios que es la delicadeza infinita. Este es el espíritu metafísico.

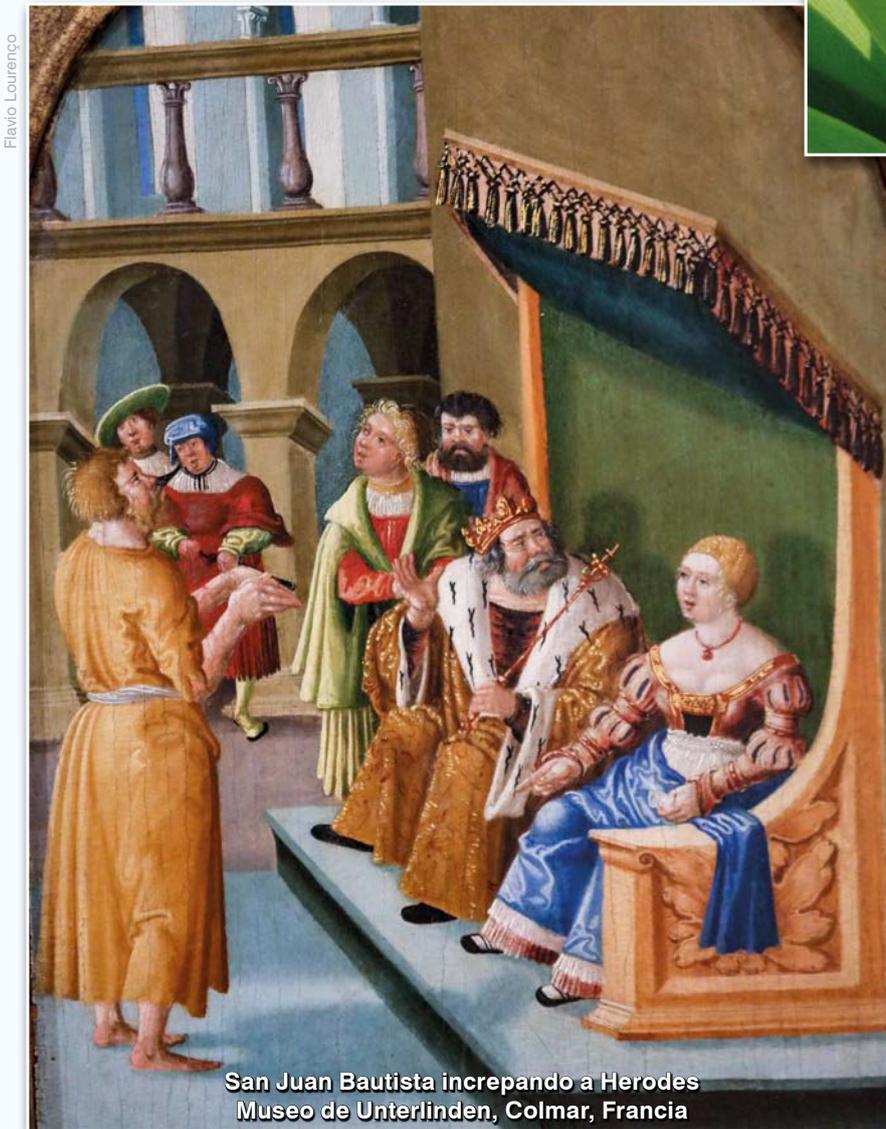
Lo propio del católico que tiene el alma bien formada es poseer esos an-

helos sin fin, de las cosas perfectas y eternas. Lo característico del católico con el alma mal formada es imaginar que la vida en esta Tierra puede satisfacer.

Entonces, existe el espíritu metafísico que se extiende para estas cosas y existe el espíritu limitado, circunscrito, que queda apenas en lo físico, y no en lo metafísico, no más allá de lo físico – yo estoy forzando un poco los términos – , y que



VerbosaDreamer (CC0)



San Juan Bautista increpando a Herodes
Museo de Unterlinden, Colmar, Francia

se contenta con esta vida. Entonces uno de los primeros presupuestos del amor de Dios es ser ‘in-contentable’ con las cosas de esta vida, es sólo querer lo infinito.

Además, si Dios existe, Él tiene que ser de una esencia y de una naturaleza mayor que la nuestra. De ahí viene la facilidad en admitir que Dios nos habló y nos comunicó sus verdades y su gracia, nos dio una Revelación y una Iglesia que nos introduce en un orden sobrenatural, y que todo cuanto puramente en el orden natural habíamos pensado es superado por lo que la Revelación nos enseña de un modo fabuloso.

Entonces nosotros tenemos un anhelo mayor que el simplemente metafísico, que es el anhelo de lo sobrenatural. Admitimos con facilidad la Revelación, no con superficialidad de espíritu, tontamente, sino por una agilidad de espíritu por donde comprendemos fácilmente que aquello es verdad. Tenemos facilidad de amar las cosas reveladas, somos dóciles a la gracia y al orden sobrenatural.



Archivo Revista



Dr. Plinio en 1972

El espíritu sobrenatural y el espíritu metafísico se resumen en una sola palabra: espíritu sacral. El espíritu sacral tiene un aspecto metafísico natural y un aspecto sobrenatural que dice respecto a la Revelación y a la gracia.

Defecto de alma que debilita el edificio de las virtudes en la mentalidad de los católicos

Entonces debemos decir que el presupuesto de toda la Civilización Católica, de toda formación espiritual es que las almas tengan esta disposición. Por el hecho de que, incluso en la Iglesia, no se insiste bastante sobre esto, había católicos “enmohecidos”, porque la mayor parte de los niños salía del Catecismo con la siguiente idea: “Tú mue-

res aunque no quieras, no tiene remedio, todo el mundo muere. Este es el primer hecho consumado. El segundo es que después vas a ser juzgado. Tercer hecho consumado: hay una escala de diez puntos que precisas obedecer, si no vas al Infierno; quieras o no quieras, vas a encontrar esto frente a ti. Entonces trata de andar bien para no ir al Infierno. Además, si tú – dicho más rápidamente – no vas al Infierno, vas al Cielo, que es muy agradable.”

El niño mira una estampita, ve a un Ángel sentado en una substancia azul mirando como pasa la eternidad. Él piensa: “¿Es esto el Cielo? Cuando lo

comparo con el Infierno es una salida. Después me dicen que es bueno. No entiendo mucho aquel azul, pero en fin, tiene que ser bueno en tesis. Allá voy al azul y está acabado.”

Esto no es despertar el sentido sobrenatural, porque el niño queda con la idea siguiente: “Lo gustoso sería vivir en este mundo eternamente; siempre feliz, rico, saludable, no tener ni el Cielo ni el Infierno; no quiero más nada.”

Este es el defecto de alma que hace tan débil el edificio de la virtud en la mentalidad de los católicos. Es un presupuesto que se debe resaltar vivamente. Porque todo trabajo de la opinión católica que no tonifique fuertemente estos dos principios resulta en una acción débil. Viene de la debilidad de estos principios el hecho de que las

personas practican – cuando lo hacen – los Mandamientos a duras penas, resbalando entre el bien y el mal, con concesiones, y siempre apareciendo el bien como frágil y el mal como fuerte.

Lo que da una especie de abatimiento y de desánimo. La persona pierde coraje en la práctica de los Mandamientos. Y piensa: “No sé cómo Dios conduce estas cosas. Él es siempre derrotado. Su partido es siempre el muelle, el débil. La Fe, la virtud, ¿es una debilidad? La fuerza está en el vicio. Todas las batallas de la Historia han sido ganadas por el mal, la Iglesia no hace sino retroceder. Ella ahora hasta se está tornando líquida. Quedo desanimado.”

Ahora bien, si el alma tuviese estos presupuestos bien nítidos y amase a Dios como estoy acabando de decir, ella sería capaz de todas las fortalezas. Entonces veríamos a la opinión católica caminar hacia adelante. Este es el sentido profundo, el punto fundamental de toda verdadera formación católica en los términos que pueden interesar al hombre moderno.

El verdadero hombre moderno tiene que comenzar por ser hombre, y ser moderno en el sentido propio de la palabra. No es un “María va con las otras”, que sigue la corriente, sino un hombre a la manera de San Juan Bautista, que era un hombre moderno, quiere decir, adecuado, oportuno, útil para sus días, capaz de curar los males de su época.

Debemos tener en mente que, antes que nada, somos una escuela de amor de Dios. Y como tal procuramos principalmente enseñar, respecto del amor de Dios, las verdades olvidadas, más negadas en nuestra época. Nuestra Señora, que nos ayudó a caminar bastante en esta línea, nos ayudará a ver cuál es el modo de enseñar esto. ❖

(Continúa en el próximo número...)

(Extraído de conferencia del 17/11/1972)



La adaptación de los pueblos en medio de las transiciones históricas - II

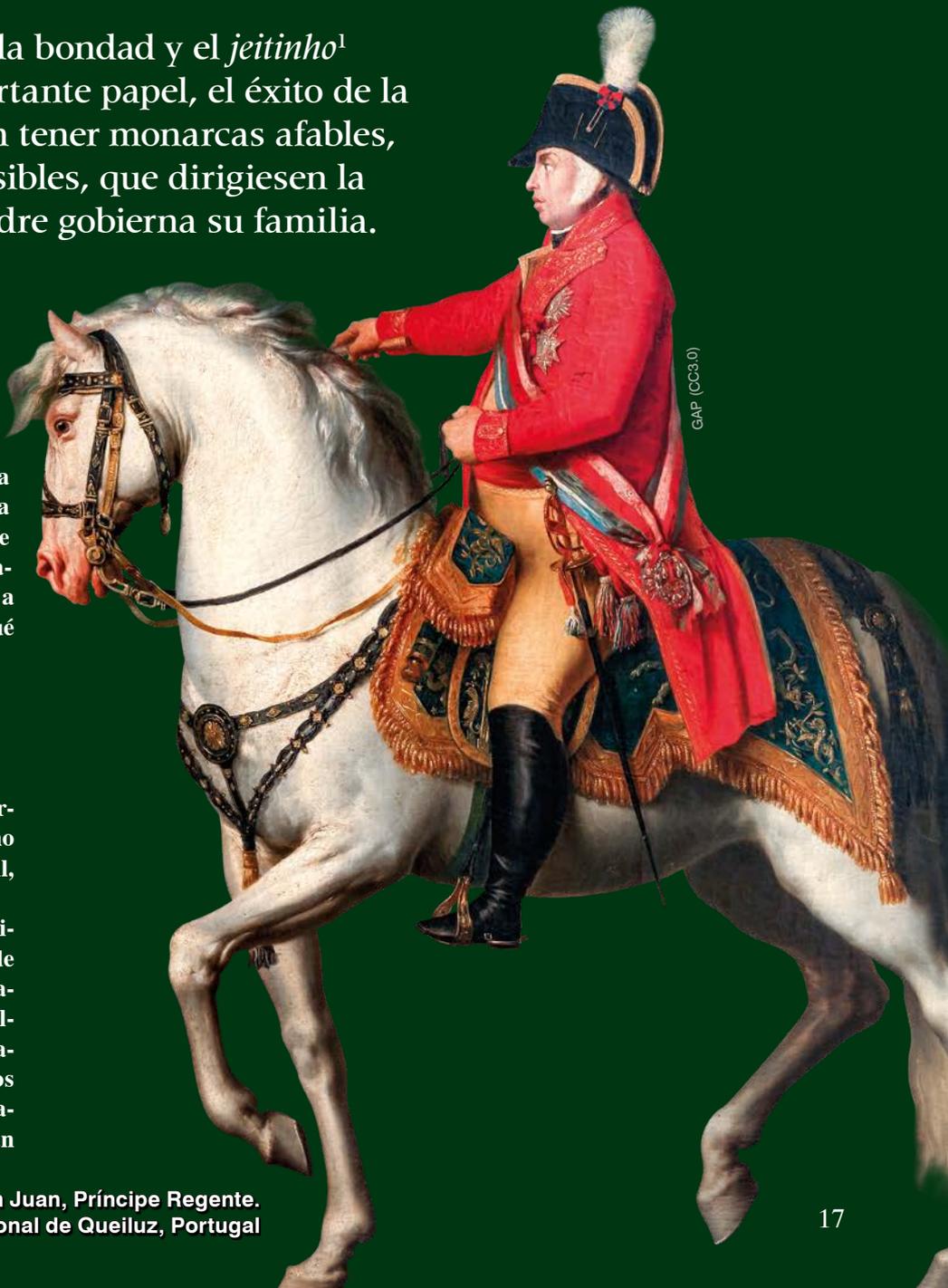
En el país donde la bondad y el *jeitinho*¹ representan un importante papel, el éxito de la monarquía estaba en tener monarcas afables, habilidosos y accesibles, que dirigiesen la nación como un padre gobierna su familia.

Poco antes de que Don Juan VI llegara a Brasil, los emisarios llegan a Bahía y más tarde a Río de Janeiro, con un mensaje: “¡Fantástico! ¡El Rey y toda la corte vienen a vivir a Brasil!” ¡Era algo inimaginable! ¡La vida de corte, un sueño! Una especie de paraíso terrenal para la imaginación de aquella gente, que se pone a delirar. ¿Cómo recibir al Rey? ¿Qué manifestaciones hacerle?

Don Juan VI llega a Río de Janeiro

Cierto día, llega el Rey con su corte... El lujo de la corte era mucho mayor que el de los ricos de Brasil, ni había comparación.

Podemos imaginar lo que significaba para un habitante de Río de Janeiro ver descender, por las escaleras de los bonitos barcos, a hidalgos con ropas de terciopelo bordadas de oro y plata, pantalones cortos con medias blancas, zapatos de charol con tacones rojos, como usaban



GAP (CC0.0)



PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

Jornal da Exposição (CC3.0)



Izquierda, embarque de la Familia Real hacia Brasil
Museo Militar del Buçaco, Portugal
Abajo, desembarco de la Princesa Leopoldina,
Museo del Azud, Río de Janeiro



MGM (CC3.0)

entonces los nobles. Desembarcaban en cortejo aquellos nobles, aquellas damas con falda balón, altas cabelleras empolvadas. Ellos con sombreros de plumas, ellas con joyas hasta en la cabeza y saludándose amablemente... Al tronar de los cañones descienden el Rey y la Reina... Feérico, casi un sueño.

Se da el encuentro de esos casi aborígenes, semisalvajes, con esa corte y con aquella pequeña civilización que algunas familias representaban. Es un contraste que, para ser pacífico, exigía mucha flexibilidad de ambas partes. Las diferencias muy grandes generan incomprensión, de lado a lado. Por ejemplo, falda balón es una cosa muy bonita. ¿Pero qué pensaba una hija de indios de la falda balón? Debe haber pensado que esas mujeres eran anormales, estaban hinchadas. No disponían del sentido estético para com-

prender la belleza de aquella abertura y cómo aquello formaba una especie de aureola alrededor de la señora, halo de distinción y de respetabilidad que apartaba de ella a las personas.

Resultado: tendencia del negro y del indio a burlarse de ella. Al mismo tiempo, mucha admiración, pues sentían la superioridad; por otro lado, desprecio.

Aquellos nobles, hombres frágiles, debían parecer de porcelana a aquellos negros corpulentos. Pero los negros debían parecer muy extraños para aquellos nobles. ¿Era verdad o no que eso debía generar incomprensiones, antipatías, aborrecimientos? Para que todo se conca-

tenara bien era necesario tener, más que sentido común, buen corazón.

Un clima de convivencia donde todo se fue fundiendo

Don Juan VI supo muy bien conservar la pompa de la corte, con toda su hidalguía, haciendo en el palacio improvisado, actualmente sede de los Correos y Telégrafos de Río, bellas ceremonias con música del lado de afuera, "besamanos", trono y todo lo demás. Sin embargo, mientras que él dentro de su corte tenía esplendor, en el trato con el pueblo se mostraba muy sencillo, bondadoso y accesible. Paraba el carruaje y mantenía una pequeña conversación. Nosotros sabemos bien cómo el brasileño es sensible a eso. Es una cosa inteligente.

El Monarca tuvo que atravesar situaciones difíciles. Por ejemplo, él vino con todos esos nobles. ¿Dónde alojar a toda esta gente?

El Gobierno decretó una especie de reforma urbana: quien tenía una casa buena en Río debía cederla a la corte. La gente de la corte traía dinero para conseguir una residencia, pero era necesario cederla para que los

Jean Baptiste Debret (CC3.0)



Aclamación del Rey Don Juan VI en Río de Janeiro.
Biblioteca Mario de Andrade, São Paulo

nobles vivieran ahí. A veces los moradores de estas casas poseían otras propiedades; no perdían estas propiedades, sino que iban a vivir donde quisieran. La casa mejor debía ir al noble. ¿No es verdad que en otros países podría dar en disturbios? ¡Aquí, no! Se protestaba, se quejaban, pero cedían.

Después, en esa convivencia, el hermoso panorama, las puestas de sol, las auroras, las amenidades de Río; el negro alegre que canta y vende golosinas en la calle; el indio menos alegre y más melancólico, pero interesante y que era una novedad hablar con ellos; todo eso preparaba un clima de convivencia donde las cosas se fueron fundiendo y disponiéndose bien. Además, de los pueblos europeos, el más “fusionista” es el portugués.

El resultado es que las razas se van fundiendo y eso va tomando una cierta homogeneidad. El Rey supo muy bien no tomar una actitud de desdén. Entonces, por ejemplo: hay teatro, pero en aquel tiempo existía un pequeño teatro para la gente de la ciudad. El Rey aparece con toda su pompa. Cuando entra, todos se levantan, hacen reverencia. Se sienta, ya ha tenido la dosis suficiente de pompa que esa gente es capaz de asimilar. Poco después, él está como en su cuarto: se distiende, duerme. Esto que no sacri-

fica ningún principio es inteligente, bien hecho e indica mucho el sentido de la vida política brasileña.

Don Pedro I un hombre voluntarioso y medio quisquilloso

Cuando se habló de Independencia, se dio cuenta de que Brasil iba a ser independiente. Entonces Juan VI le dijo a su hijo: “Pedro, si viene la Independencia, ponte tú la corona en la cabeza, antes que un aventurero se la ponga”.

Es decir, sea usted el Emperador de Brasil. Mi otro hijo, Miguel, se convertirá en Rey de Portugal. Pero este punto no está muy claro...

Juan VI se fue a Portugal. Ese país entró en un régimen de convulsiones políticas de las que no es el momento de tratar aquí. Don Pedro I se quedó gobernando en Brasil.

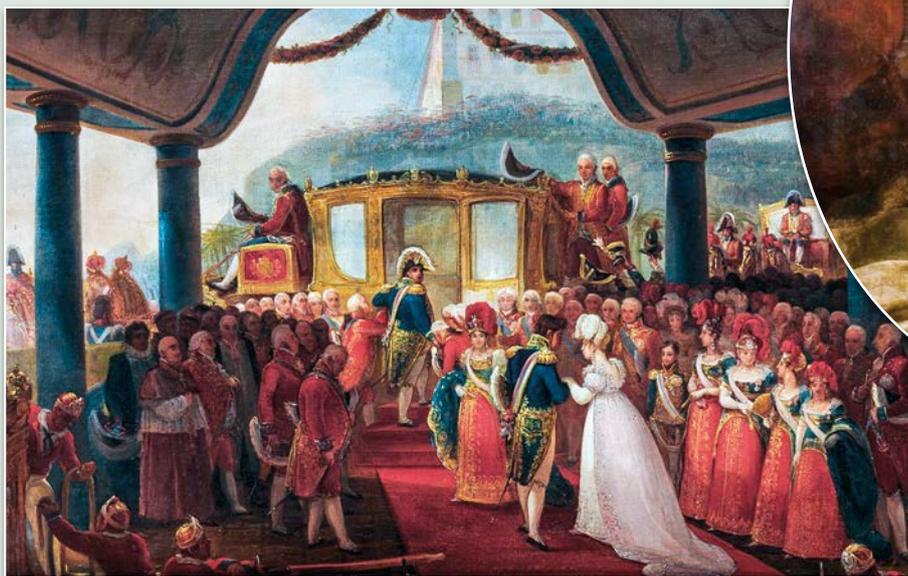
Analizada la historia de Don Pedro I desde este aspecto, ¿qué rasgos de él conserva el alma brasileña?

Don Pedro I era un príncipe eminentemente portugués, muy afable, hombre distinguido, pomposo. Al mismo tiempo muy expeditivo y voluntarioso. No tenía las habilidades políticas del padre.

Juan VI era suave y habilidoso. Pedro, era duro y

nada hábil. Imponía su voluntad, sin réplicas. Eso nunca funcionó en Brasil. Es decir, se puede ser duro, pero duro, durísimo... ¡vaya!, tenga cuidado... El brasileño no es en absoluto un pueblo de anarquistas; es hasta sensato. Pero cuídese, no ponga problemas, porque por ahí no van las cosas. Don Pedro I era medio problemático...

Don Juan VI casó a Don Pedro I con la Archiduquesa Doña Leopoldina de Austria. Una dama de la más alta educación y nobleza que pueda haber. Hija del más alto monarca de Europa, que era el Emperador de Austria. Acostumbrada a todo lujo, refinamiento y a la gracia de Viena, vino a vivir a Brasil con un destino incierto. Era la tradición de la Casa de Austria. Su hermana, por ejemplo, estaba casada con Napoleón. Los hijos del Emperador de Austria odiaban tanto a Napoleón que, cuando eran niños, tenían en el cuarto de los juguetes muñecos represen-



Izquierda, llegada de Doña Leopoldina al Brasil – Museo Nacional de Bellas Artes, Río de Janeiro.
Arriba, Doña Leopoldina – Museo del Estado de Pernambuco, Brasil

Jean Baptiste Debret (CC3.0)

MEPE/Safra (CC3.0)



GCI (CC3.0)



Don Miguel de Braganza, siendo Infante de Portugal exilado en Viena Palacio Real de Queluz. Portugal

tando a Napoleón y horcas donde lo colgaban...

En un momento dado, llamaron a la Archiduquesa María Luisa, diciéndole que su padre quería hablarle. Ella fue y el Emperador le dijo: “María Luisa, ite vas a casar con Napoleón!” Ella aceptó, pues era princesa y existía por el bien del Estado. La Archiduquesa entró en pánico al principio, pero se las ingenió. ¡Imaginen, había jugado ahorcando a ese hombre!

Emperatriz piadosa y muy respetada

La Archiduquesa Leopoldina venía, sin embargo, de un ambiente de personas muy pomposas, pero muy afables. La corte de Austria se caracterizaba por la afabilidad. Esta simpatía amable y acogedora caracteriza la forma de ser del alemán en sus aspectos

más simpáticos y se acenúa en los austriacos.

Por ejemplo: la reina está esperando que nazca su primogénito. Mientras tanto, en un teatro se representa una obra. Llega la noticia de que nació el primogénito de la Reina. Aparecen heraldos, escuderos, lacayos que interrumpen la representación. Todo el mundo se levanta, porque perciben que nació el primogénito de la Corona. Cuando el primer hijo era una mujer, era una decepción, pero cuando se trataba del primogénito, éste era proclamado ahí, con gran alegría, con distinción. El pueblo aplaudía y aplaudía. Después continuaba la obra.

María Teresa, la madre de María Antonieta, estando en el teatro nació el primogénito

de su hijo José. Manda interrumpir la música y, poniéndose en pie, dice desde su palco al pueblo:

- ¡José tuvo un hijo!
- ¡Viva! ¡Viva!

Era un niño que nacía de Austria entera. Era toda una forma de ser...

La Archiduquesa Leopoldina llega aquí y se habitúa enormemente a Brasil. Se transforma en una entusiasta de las selvas brasileñas. Sale a cazar mariposas, ella misma con botas para caminar en la selva virgen. Y naturalmente lo cuenta en cartas a Europa, cómo era, etc. porque allí tenían fascinación por esas cosas. Eran novedades en aquel tiempo. Ella era más o menos como la princesa que se fue a vivir a Marte y manda flores a la Tierra...

Era muy querida por el pueblo. El emperador comienza a tener indiferencia con ella y a gustar mucho de una señora a quien confiere el título

de Marquesa de Santos, la cual era casada con un hombre de familia de hidalgos de Minas Gerais. Don Pedro I se entusiasma con esa señora y comienza a cohabitar con ella...

Eso crea en la corte y en Río, donde la Emperatriz era muy querida y venerada – por ser piadosa, muy respetada, muy recta, con las mejores costumbres –, un choque contra el Emperador. Y su modo de ser perentorio, aumenta ese choque. Tuvo una hija de la Marquesa de Santos. Era un doble adulterio, una cosa indecente. Al contrario de conservar eso en secreto, Don Pedro I registra a la niña como su hija y le da el título de Duquesa de Goiás. Además, inventa que en una ceremonia de la corte la niña debe ser presentada a la Emperatriz.

Se reúnen, entonces, todas las damas vestidas con esplendor. Se trataba de una ceremonia de corte cuando una alta hidalga era presentada a la soberana. La niña es introducida en la sala, pasa por las manos de algunas damas hasta que, al final, la más notable de todas la presenta a la Emperatriz.

Una gran curiosidad para ver la actitud de la Emperatriz... Ésta tuvo una actitud que encantó a todos. Besó a la niña y dijo: “Hija mía, tú no tienes la culpa...”

Eso es más que saber hacer las cosas, es ser buena... Quien no es bueno, no sabe hacer eso.

Con Don Pedro II se abre una era nueva

Don Pedro I encuentra una manera de tener una pelea con la Emperatriz y la maltrata mucho en presencia de la concubina. Aunque no está documentado, circuló el rumor de que, estando embarazada doña Leopoldina, le dio una patada.

Luego se embarca a una guerra con Argentina, a propósito de Uruguay. Cuando está en la guerra, recibe la noticia de que la Emperatriz había muerto...



José Bonifácio de Andrada y Silva

Se da, entonces, lo contrario: él se toma de un remordimiento loco, suspende las operaciones de guerra y vuelve a Río de Janeiro para venerar la tumba de la mujer de la que él no había sido digno... Durante todo el viaje se encierra en su camarote y se pone delante de un cuadro de la Emperatriz, llorando y pidiendo perdón.

Se difundió el comentario de que él habría matado a la Emperatriz con un puntapié, lo que tuvo, evidentemente, un efecto profundamente negativo sobre todo en el temperamento brasileño.

Por otro lado, había una serie de cosas favorables de su parte: el Grito de Ipiranga²; su heroísmo entrando en San Pablo con la independencia proclamada; él mismo compone el Himno de la Independencia. Por lo tanto, es el héroe que salva la unidad del Brasil y, al mismo tiempo, asegura la independencia del País. Es un

lance de alta popularidad. Además, tenía ministros muy competentes, los hermanos Andrada, con quienes se peleaba, pero sabía conservarlos.

Entre tanto, las ideas liberales del tiempo le obligaron a constituir una Cámara y un Senado. Éstos quisieron hacer leyes. Ahora bien, él era hijo de un rey absoluto y no estaba habituado a eso. Resultado: “¡No señores, quien manda soy yo!”

En cierto momento, recibe la noticia de la muerte del padre, y empieza a correr (en Brasil) el rumor de que Don Juan VI no había regulado quien sería el Rey de Portugal: si sería Don Pedro I, Emperador de Brasil, reuniendo de nuevo las dos coronas; o su hermano Don Miguel.

Si las dos coronas se reunían nuevamente, se per-

día la independencia. Por otro lado, si permanecía en Brasil, perdía el trono de Portugal, donde se estableció una disputa a ese respecto entre dos corrientes: una favorable a las ideas nuevas, revolucionarias, caminando para el republicanismo y que quería a Don Pedro I, porque éste era un hombre de temperamento despótico y con ideas liberales; y el partido reaccionario, compuesto por “ultramontanos” de su tiempo que deseaban como rey a Don Miguel.

Crisis en Brasil, pelea en Portugal...

Se da una solución: Que Don Pedro I vaya a Portugal y haga su vida allá. Que deje a su hijo en Brasil como garantía de unidad nacional, en manos de José Bonifacio, el proclamador de la Independencia.

Con ese niño comienza el mayor reinado de Brasil. Don Pedro II sube como niño de cuna en 1831 y solo va a ser depuesto en 1889. Por lo tanto, más de medio siglo de reinado.

Se abre una nueva era, y con eso se cambian todas las costumbres. Pero dejemos eso para tratarlo en una próxima ocasión. ❖

(Extraído de conferencia de 2/9/1985)

- 1) En portugués: que tiene aptitud para alguna cosa, hábil, habilidoso, diestro, experto.
- 2) Se denomina **Grito de Ypiranga o Grito de Ipiranga** (por **Ipiranga**, São Paulo) a la declaración de la independencia de Brasil realizada por el entonces príncipe portugués Pedro I de Brasil el 7 de septiembre de 1822.



Don Pedro II – Museo Imperial del Brasil, Petrópolis

SANTORAL



San Juan Bautista de la Concepción García

1. San Sigisberto III, rey († 656). Hijo del rey merovingio Dagoberto I. Construyó los monasterios de Stavelot y de Malmedy, en Bélgica. Distribuyó limosnas a las iglesias y a los pobres. Murió con 26 años en Metz, Francia.

2. Presentación del Señor. Ver página 8.

3. San Blas, obispo y mártir, (c. †320).

San Óscar, obispo (†865). Legado Pontificio del Papa Gregorio IV en las Misiones de toda Escandinavia. Anunció el Evangelio en Dinamarca y en Suecia. Falleció en Bremen, Alemania.

4. San Rabano Mauro, obispo (†856). Abad del Monasterio de Fulda, fue electo Obispo de Maguncia, Alemania.

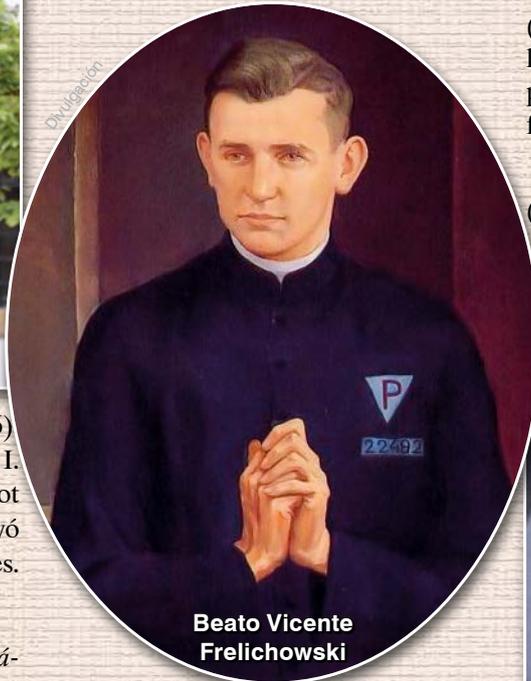
5. Santa Águeda, virgen y mártir (c. †251).

Beata Isabel Canori Mora, madre de familia († 1825). Sufrió con paciencia y caridad la infidelidad y malos tratos de su esposo. Ingresó en la Orden Tercera de la Santísima Trinidad, en Roma, ofreciendo su vida por la conversión de los pecadores.

6. Santos Paulo Miki y compañeros, mártires (†1579).

San Brinolfo Algotsson, obispo (†1317). Obispo de Skara, Suecia, célebre por su ciencia y dedicación a la Iglesia.

7. Domingo V del Tiempo Ordinario.



Beato Vicente Frelichowski

Beato Pío IX, Papa (†1878). Proclamó los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Infallibilidad Pontificia. Estimuló el florecimiento de las congregaciones religiosas y convocó el Concilio Vaticano I.

8. San Jerónimo Emiliani, presbítero (†1537).

Santa Josefina Bakhita, virgen († 1947).

9. San Rainaldo, obispo (†1222) Monje camaldulense en la abadía de

Fonte Avellana, ejerció el ministerio episcopal en Nocera, Italia, conservando los hábitos de la vida monástica.

10. Santa Escolástica, virgen (†547).

San José Sánchez del Río, mártir (†1928). Joven de 14 años muerto de un tiro en la cabeza durante la Guerra de los Cristeros, en Cotija, México, después de sufrir con altivez innumerables tormentos. Expiró sobre una cruz trazada por él, en el suelo, con su propia sangre.

11. Nuestra Señora de Lourdes.

Santa Soteris, virgen y mártir (c. †304). Por amor a la fe renunció a las honras y riquezas de su noble estirpe y negándose inmolar a los ídolos, fue martirizada a espada, en Roma.

12. San Benito de Aniane, abad († 821). Educado en la corte de Car-



San Teotonio

* FEBRERO *

lomagno, se hizo monje bajo la regla benedictina y erigió un monasterio en Kornelimünster, Alemania.

13. San Martiniano, eremita (c. †398). Vivió como eremita cerca de Cesarea, en Palestina. Posteriormente viajó a Atenas, Grecia, en donde falleció.

14. Domingo VI del tiempo Ordinario.

San Cirilo, monje († 869) y **San Metodio** obispo († 885).

San Juan Bautista de la Concepción García, presbítero († 1613). Religioso, emprendió la renovación de la orden de la Santísima Trinidad y la defendió con ardor en medio de las dificultades y tribulaciones, en Córdoba, España.

15. San Onésimo, († S.I). San Pablo lo acogió como esclavo fugitivo y en la prisión lo engendró como hijo en la Fe en Jesucristo, como él mismo escribió a su amo Filemón.

16. Beato Francisco Toyama Jintaró, mártir († 1624). Noble samurai cuya vida cristiana ejemplar influenció la conversión de muchas personas. Por no renegar de la Fe, fue decapitado en Hiroshima, Japón.

17. Miércoles de Ceniza

Siete Santos fundadores de los Servitas, (†1310).

San Teodoro, mártir (†306). *Ver página 24.*

18. San Teotonio, presbítero (†c. 1162). Después de dos peregrinaciones a Tierra Santa, fundó en Coimbra, Portugal, la Congregación de los Canónigos Regulares de la Santa Cruz.

19. Santa Lucía Yi Zhenmei, virgen y mártir († 1862). Decapitada en la aldea de Kaiyang, China por haber confesado su Fe.

20. Santos Francisco (†1919) y **Jacinta Marto** (†1920). Videntes de Fá-

tima. *Ver página 2.*

San Serapión, mártir (†c. 248). En el tiempo del emperador Decio, tuvo que soportar crueles suplicios y después fue precipitado de lo alto de su propia casa en Alejandría, Egipto.

21. Domingo I de Cuaresma

San Pedro Damianián, obispo y Doctor de la Iglesia († 1072).

Beato Noel Pinot, presbítero y mártir († 1794). Párrroco de Louroux – Beconnais, cerca de Angers, guillotinado durante la Revolución Francesa.

22. Cátedra de San Pedro.

Beata María de Jesús d'Oultremont, († 1879). Viuda belga que fundó y dirigió la Sociedad de María Reparadora, sin descuidar en nada los cuidados maternos de sus cuatro hijos.

23. San Policarpo, obispo y mártir (†c. 155).

Beato Vicente Frelichowski, presbítero y mártir († 1945). A pesar de pasar por varias prisiones, nunca flaqueó en la fe. Falleció en el campo de concentración de Dachau, Alemania, después de atender a muchos compañeros enfermos.

24. Beato Marcos de Marconi, eremita (†1510). Religioso de la Orden de los Eremitas de San Jerónimo, en Mantua, Italia. Llevó una vida de estudio, oración y mortificaciones.

25. Beata María Ludovica de Angelis, virgen († 1962). Italiana de nacimiento, ingresó en la Congregación de la Hi-



San Óscar

jas de Nuestra Señora de la Misericordia y fue enviada a Argentina, donde se dedicó al cuidado y la formación de niños y enfermos en un hospital de La Plata.

26. San Porfirio de Gaza, obispo († 421). Hijo de una familia de Tesalónica, vivió como anacoreta del desierto. Ordenado Obispo de Gaza, Palestina, derribó muchos templos dedicados a los ídolos y convirtió numerosos paganos.

27. Beato José Tous y Soler, presbítero (†1871). Religioso capuchino, fundó la Congregación de las Hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor, en Barcelona, España, para la formación cristiana de la infancia y de la juventud.

28. Domingo II de Cuaresma.

Beato Carlos Gnocchi, presbítero († 1956). Fundó en Milán, Italia, la obra “Fundación Pro Juventud” hoy llamada Obra de Don Gnocchi, para ayudar a los mutilados por la guerra y a los hijos de los sobrevivientes.



San Teodoro: un mártir increpador

Descendiente de una familia noble y rica, el joven Teodoro lleno de gallardía desafía al magistrado, proclama la caducidad de los ídolos, la vacuidad del emperador y la nulidad del imperio. Fue torturado salvajemente y quemado vivo. Así como la sangre de Abel, derramada por Caín, clamaba a Dios por venganza, la sangre de los mártires imploraba a Dios el castigo y, al mismo tiempo, la conversión del Imperio Romano.

Propongo que veamos juntos un episodio histórico. No es una película de televisión, sino la descripción de un hecho digno de ser recordado en la historia de la Iglesia, contado circunstanciadamente no por mí; voy a leer la narración tomada de la obra del Padre Rohrbacher¹:

El imperio romano decaía debido a la corrupción moral

Se trata del martirio de san Teodoro. Fue denunciado como católico y, convocado por algún magistrado, se negó a abjurar la fe. Fue llevado entonces a un lugar de suplicio donde podría, en cualquier momento, hacer cesar sus tormentos desde que se dispusiera a renunciar a la Fe. Soportó esos tormentos crudelísimos hasta la muerte. Es un mártir.

Una nota particularmente interesante en este martirio es que el juez y él libran una verdadera batalla psicológica, en la cual el magistrado

trata de mil maneras de ablandarlo para evitar martirizarlo. San Teodoro resiste desafiando al juez cada vez más. El hecho fue notorio, conocido y presenciado por mucha gente.

Debemos preguntarnos cuál es el efecto de esto en la opinión pública correspondiente al imperio romano, que abarcó toda la cuenca del Mediterráneo. Los romanos no solo se extendían por el litoral, sino que eran señores de las naciones ribereñas del Mediterráneo, adentrándose, por lo tanto, ampliamente por el territorio de África, Asia, Europa y, constituyendo una unidad impresionante.

Este imperio por su inmensa extensión y por la dificultad de las comunicaciones en aquel tiempo se fragmentó en dos: el de Oriente y el de Occidente, aunque se entendía que formaba un solo todo moral e incluso político; y que los emperadores, sin ser hermanos de sangre, lo eran por la misión y debían gobernar cada cual su parte del imperio,

en mutua colaboración. Una unidad, por lo tanto, enorme y majestuosa.

El Imperio Romano fue monumental y riquísimo, pero también sumamente corrupto. A medida que se desarrollaba su historia, su poder y riqueza fueron creciendo; pero fue disolviéndose moralmente y terminó en la corrupción moral más espantosa, acumulando dos aspectos diferentes.

Por un lado, estaban los romanos propiamente dichos, no sólo los habitantes de Roma, sino los de Italia, que constituían el núcleo del imperio. Estos se sentían muy seguros y estables en función del poder y de la riqueza que poseían, y por el hecho de que los enemigos estaban lejos, en fronteras que difícilmente serían traspasadas por ellos; y, si las traspasaran, serían contenidos con facilidad por las legiones romanas.

Además de la prosperidad y de la seguridad por ver el peligro bien lejos, contribuía para la disolución de las costumbres el hecho de que la religión de los romanos no daba el más

mínimo fundamento para una actitud moralizada. El resultado fue que el imperio se fue corrompiendo, hasta llegar a toda especie de inmoralidad y deterioro.

La Religión Católica se desarrollaba

Junto a esta depravación generalizada estaba la religión católica que, desde el fondo de las catacumbas, nacía y se desarrollaba, presentándoles lo contrario.

Vemos, entonces, al joven Teodoro, nacido en Grecia, de una familia noble y rica, juzgado por un juez de aquella región, que por tanto estaba bajo la influencia de esa familia. Ese joven lleno de gallardía desafía al magistrado y proclama la caducidad de los ídolos, la vacuidad del emperador, la nulidad del imperio, con una fuerza que va creciendo a medida que el juez le ofrece más.

Se da, entonces, un debate entre el juez – que busca despertar en el joven el deseo por la vida cómoda y agradable, sin conseguirlo – y San Teodoro, que quiere comunicar la fe católica proclamando las virtudes cristianas y el nombre

de Jesucristo, llevando las verdades de la fe tan alto como se puede llevar un estandarte; y el juez rechazando.

El rechazo de ambas partes da en un choque, que culmina con la muerte del joven Teodoro. Se diría que el hecho está cerrado. Ahora bien, la historia comienza allí. En el cielo hay un mártir rezando, mientras en la tierra los frutos de su sangre se difunden.

Tertuliano profirió aquella famosa frase: “La sangre de los mártires es semilla de cristianos”. Así como la sangre de Abel, derramada por Caín, clamaba a Dios por venganza, la sangre



Vida de San Teodoro – Museo Histórico-arquitectónico y de Arte de Novgorod, Rusia

de los mártires imploraba a Dios por castigo y, al mismo tiempo, por la conversión del Imperio Romano. Y la sangre de san Teodoro comenzó a clamar.

Hubo una opinión pública que en parte presenció, en parte conoció este martirio. ¿Qué actitud tomaron esas personas ante los impresionantes diálogos que vamos a leer? Imaginemos a aquellos romanos que hacían fiestas casi todas las noches, comiendo y bebiendo durante horas, llegando al extremo horror de provocarse náuseas, con el auxilio de esclavos que con plumas de pato hacían cosquillas en su

paladar, expulsando lo que habían ingerido, vaciando el estómago para continuar bebiendo y comiendo.

Podemos preguntarnos qué efecto tuvo en esa opinión pública el diálogo entre san Teodoro y sus verdugos.

San Teodoro proclama su fe y embiste contra el enemigo de Cristo

Pasemos a la lectura y comentario de la referida ficha.

La persecución se dio poco después de que los emperadores Galerio y Máxi-



mo publicaran sus edictos, que ordenaban continuar las persecuciones contra los católicos, ordenadas por Diocleciano.

Diocleciano ordenó una de las peores y más largas persecuciones.

El joven soldado, muy lejos de disimular su fe, la traía como escrita sobre la frente.

Imaginemos un legionario romano con aquella armadura y yelmo característicos, y que traía sobre la frente como que escrita la fe en Nuestro Señor Jesucristo, siendo visto por un holgazán que se embriagó en la víspera y volverá a embriagarse en la noche, y que para llenar su tiempo asiste al martirio mirándolo vilmente con una mirada nublada por el alcohol.

Teodoro fue presentado al Tribunal de la Legión y al gobernador de la provincia, que le preguntaron por qué no adoraba a los dioses, según las órdenes de los emperadores.

Él respondió: Soy soldado de Jesucristo, mi Rey. No conozco otros dioses; mi Dios es Jesucristo, Hijo único de Dios.

Esto es una proclamación. Ahora viene la increpación. Él no se limita a proclamar su fe, sino que embiste contra el otro, diciendo:

“¡Los dioses que queréis que adore no son dioses, sino demonios! Quien les atribuye honras divinas está en el error; he aquí cuál es mi religión, aquella por cuya fe estoy dispuesto a sufrir. Si os chocan mis palabras, golpead, rasgad, quemad, cortad la lengua; es justo que mis miembros sufran por el Creador.”

Este apóstrofe tiene todas las características de un desafío y es metódico. Él proclama su fe, luego dice que la fe de los otros no vale nada, y los desafía: “Ahora, si quieren, martirícenme que yo estoy dispuesto”. ¡Es el completo desafío de un legionario romano!

Podemos imaginar la repercusión de una actitud como ésta en personas incapaces de comprender cómo alguien, pudiendo simplemente decir que adora a los ídolos – no necesitaba verdaderamente adorarlos – se expone a tormen-

Arte XIX (CC3.0)



Sepultura de mártires en las catacumbas – Museo de Orsay, París, Francia

tos a los que ellas tienen horror, privándose de diversiones, cuando esa privación ya les parece un tormento.

El Emperador es un príncipe frágil, en el cielo hay un Rey eterno e inmutable

Los jueces, avergonzados con una respuesta tan audaz, deliberaban sobre lo que debían hacer, cuando un oficial queriendo burlarse del santo que había dicho ser fiel al Hijo de Dios, comenzó a decirle:

-Entonces, Teodoro, si tu Dios tiene un hijo, ¿está sujeto a las pasiones como los hombres?

Teodoro respondió:

-No, mi Dios no está sujeto a las pasiones. Sin embargo, Él tiene un Hijo, pero un Hijo nacido de la manera digna de Dios, y bien superior a vuestras ideas bajas y carnales, pues ese Hijo es la Palabra de la Verdad, por la cual Él hizo todas las cosas.

El tribuno le preguntó:

- ¿Podemos conocer a ese Hijo de Dios?

Él respondió:

-Gustaría mucho que Dios os hubiese dado gracias para ello.

Mas dijo el oficial:

-Si nosotros lo hubiésemos conocido, no podríamos abandonar a nuestro emperador para dar nuestra vida a su Dios.

Dijo Teodoro:

-Si lo hubieseis conocido, en poco tiempo habríais salido de vuestras tinieblas, y en lugar de poner una confianza frágil en vuestro fragilísimo príncipe de la tierra, os entregaríais a Dios, que es el Dios vivo, el Rey y Señor eterno y combatiríais conmigo en su favor.

Esta increpación de que el Emperador es un príncipe frágil de la tierra y que hay un Rey en el cielo, eterno e inmutable, es algo de dejar a esa gente boquiabierta, pues eran personas que tenían una vaga idea de la *post* vida, pero tan vaga, contradictoria y llena de leyendas, que prácticamente no funcionaba. No tenían más que una idea muy vaga, de vez en cuando algunos destellos de un juicio según leyes que nadie sabía cómo eran.

Sin embargo, viene alguien que afirma, proclamando, la verdad de la fe, teniendo en la frente una especie de prueba de esa fe; nos podemos imaginar el impacto que eso tuvo en el juez, en el tribuno y en la opinión pública.



Exhortaba a los católicos que eran conducidos al martirio

Dejémoslo por unos días, dijo el tribuno, él cambiará y vendrá por sí mismo y acabará haciendo aquello que le es más ventajoso”.

Es la regla de los paganos, que los caracteriza cien por ciento: ventaja, ventaja, ventaja, no hay nada más.

Le concedieron un plazo dentro del cual debería hacer sacrificios a los dioses, de lo contrario, sería martirizado.

El santo no se entretuvo en vanas deliberaciones, sino que se empleó en rezar y alabar a Dios incesantemente.

Alabar es un estilo de oración, pero en este caso, es casi más bonito que las otras formas de rezar. Una persona que marcha hacia un martirio horrible y que alaba a Dios, por quien será martirizado, *¡qué hermosa alabanza! Se tiene la impresión de que un ángel no cantaría mejor.*

Los gladiadores no eran mártires, sino esclavos o personas libres de baja condición que luchaban entre sí para entretener al público. Antes de comenzar el combate, se alineaban ante la tribuna del emperador, y decían la frase: “*Ave César, morituri te salutant*” – “*Ave César, los que van a*

morir te saludan”. Después comenzaba el combate.

San Teodoro le decía esto a Dios: “*Ave, oh, Dios, aquél que va a morir te saluda, pero que sabe que va a vivir en Ti*”. ¡Es bello!

Mientras tanto, los perseguidores buscaron cristianos entre los habitantes para ser conducidos también a la cárcel. Teodoro los seguía, exhortándolos a ser firmes y fieles a Jesucristo.

Es decir, el tiempo que se le dio para dudar, lo empleaba rezando o acompañando a otros al martirio. Era, naturalmente, gente menos importante que él, a quien los perseguidores no tenían miedo de matar. Él acompañaba a los demás al martirio, exhortándolos: “*¡Sostengan, protesten contra el juez, sean firmes hasta el final, confiesen el nombre de Jesucristo!*”

Podemos imaginar la ira de los que le habían dado plazo, al ver cómo lo empleaba. El transporte al lugar del martirio era hecho por una especie de piquete de soldados que llevaban a los condenados a la vista de toda la ciudad. Los paganos abucheaban a los que iban a morir. Fuera del piquete estaba Teodoro, el soldado: “*Aguanten, dura poco, la eternidad viene, Dios merece, ¡Jesucristo es nuestro Dios!*”

En todas las ocasiones que le dieron, manifestaba de esa manera su celo por el servicio de Dios.

Incendia un famoso templo pagano

Ahora viene un modo de manifestar su celo que hace dudar al padre Rohrbacher, pero lo menciona poniendo al lado de san Teodoro una gran autoridad. Dice el autor:

Había un templo en medio de la ciudad, a orillas del río llamado Ires. Este templo estaba dedicado a la diosa Cibele, que las fábulas llamaban “la madre de los dioses”. Teodoro, encontrando la ocasión favorable, incendió el templo durante la noche, que fue reducido a cenizas, con los ídolos que en él existían.

Por la discusión que viene después, se ve que, entre otras intenciones, estaba a punto de demostrar que los ídolos no valen nada, cualquiera les prendía fuego. Era, pues, una prueba de que tenía razón, pero también un escarnio a los idólatras.

Lo que san Gregorio de Nisa relata como una generosidad encomiable, aunque el Concilio particular de Elvira parezca censurar acciones de este tipo. Teodoro, sin embargo, no ocultó su acción; se jactaba públicamente, en las conversaciones, de que era él quien había prendido fuego. Por lo que fue denunciado y compareció ante el tribunal del gobernador con tal seguridad que más parecía juez que acusado.

¡Es extraordinario! Con la Fe resplandeciendo en la frente, siendo el juez de su juez, sabiendo que caminaba hacia una muerte terrible.

Reconoció el hecho que le era imputado. El juez le preguntó por qué había quemado a la diosa del lugar, en vez de adorarla. El Santo respondió que había encendido un leño para poner a prueba a la diosa y ver si era combustible o no. Y que el fuego la había atacado y quemado, porque toda su fuerza había consistido sólo en materia y eso se quema.

Ahora bien, él estaba dando un argumento para no adorar: “*¿Cómo puede ser una diosa, si yo la quemé? ¿Qué vale eso?*” El juez hizo lo que tantas veces hacen los impíos, es decir, cuando los buenos dan un argumento, no contra-argumentan porque no tienen nada que decir. Entonces se indignan.

El juez se encolerizó, mandó azotarlo y lo amenazó con otros suplicios mucho más severos si no obedecía las órdenes de los emperadores.

Como era de una familia influyente, el juez ordenó que lo azotaran, pero no lo condenó a muerte. Quería ver si apostaba, para no tener problemas con la familia, o al menos un problema lo más pequeño posible.

El Santo respondió que los suplicios más terribles no le harían obedecer a los hombres contra lo que



Dios mandaba, y que la esperanza que él tenía en los bienes del cielo le quitaba todo temor de los males que le amenazaban en esta tierra.

Uno de los lados de su cuerpo fue desgarrado con uñas de hierro

El gobernador, viéndole insensible a estas amenazas, trata de sobornarlo con promesas magníficas que le hacían esperar honores, dignidades e incluso la calidad de pontífice de uno de esos dioses.

Teodoro se burló de estas promesas y volvió a sus amenazas, cuyo efecto era muy cercano; le aseguró al juez, haciendo una señal de la cruz sobre todo su cuerpo, que, aunque el juez lo hiciera derretir en el fuego, lo cortase en pedazos, no dejaría de confesar a Jesucristo hasta el último aliento.

El juez, renunciando entonces a todos los medios de dulzura, hizo poner al Santo sobre un caballete. Y ordenó que le rasgaran uno de los lados con uñas de hierro, lo que fue ejecutado con tanta crueldad que sus huesos quedaron todos al descubierto.

¡Podemos imaginar el dolor lancinante que una cosa de esas puede causar!

No le dijo nada al juez, sino que cantaba: “Bendeciré al Señor en todo momento, su alabanza estará siempre en mi boca”.

Este versículo que cantaba es de un salmo. “En todo momento”, es decir, en los momentos buenos, o en los momentos difíciles. “Por más que sufra, iyo lo alabaré!” Si eso no es grandeza de alma, ¡ino sé qué es grandeza de alma!

Luces envolvían al santo

El juez, asombrado por tanta fortaleza en el sufrimiento, le dijo:

– ¿No tienes vergüenza, miserable como eres, de poner tu confianza en ese hombre que llamas Cristo, que hubo quien hizo morir como un infeliz? ¿Tú no te avergüenzas de exponerte sin consideraciones a los tormentos y a los suplicios?

Teodoro respondió:

– *Esta vergüenza es para mí y para todos los que invocan el nombre de Jesucristo una razón de alegría y de gloria.*

Entonces fue expuesto a la tortura y luego enviado a prisión donde Dios manifestó las maravillas de su poder a propósito de Teodoro. Porque, según cuenta san Gregorio de Nisa, se escuchó durante la noche la voz de una multitud de personas y se vio algo así como una multitud de lámparas. El carcelero, sorprendido por este doble prodigio entró en la cárcel y no vio otra cosa que al Santo que descansaba plácidamente en medio de los prisioneros.

¡Es admirable! ¡Un hombre que ha sufrido estas torturas consigue dormir! ¡Es inconcebible! En la víspera de otras torturas, tranquilamente.

Las voces y luces lo envolvían y eran notorias para el carcelero.

El juez ordenó a la mañana siguiente que fuera llevado de nuevo para someterlo a otras torturas. Y considerándolo invencible en todos los puntos, dictó la sentencia de muerte y lo condenó a ser quemado vivo, lo que se hizo inmediatamente.

Fortaleza sobrehumana de los mártires

Así termina la historia de san Teodoro. Si no fuera por el hecho de que hay una corriente de episodios similares, podría llamarse “San Teodoro el Grande”. Pero la cuestión es que el concepto de grande tiene dos sentidos: uno es delante de Dios, y en esa acepción todos los santos son grandes; otro es delante de los hombres. En este sentido, por más profundo que sea el concepto de grandeza, se llaman “grandes” los que son mayores que los del mismo género. Ahora bien, los mártires gloriosos son tan numerosos que se duda en decir que él es mayor que muchos otros. ¡Sin embargo, pudimos ver cuán grande es!

Consideremos ahora la repercusión de estos hechos en la opinión pú-

blica. Nosotros no tenemos los documentos directos, tanto más cuanto que las fuentes paganas no tratan del cristianismo sino muy poco y de paso. ¿Cómo entonces podemos saber cuál es la reacción de la opinión pública? Por la marcha progresiva de las conversiones. Torturas, conversiones; torturas, conversiones... Se comprende que, ante un mundo dividido, actos como estos despertaban, en el fondo de las almas, restos de razón natural naufragados dentro de la podredumbre romana. Junto con estos restos venía la gracia de Dios que daba a las almas un discernimiento, una apetencia de bienes sobrenaturales que, de sí, la naturaleza humana no tiene, despertando por su luz, por su fuerza, incluso en las almas más pútridas, impulsos generosos.

En la lucha de siglos entre los mártires y sus perseguidores vemos dos cosas espantosas. De un lado la fortaleza sobrehumana de los cristianos al soportar tales tormentos. De otro, la crueldad de los verdugos.

Causa sorpresa ver que instrumentos no quirúrgicos, sino de tortura, manipulados no por manos de cirujanos condenados al éxito de la curación y que duela lo menos posible, sino empeñados en maltratar, los cuales toman el hierro caliente y ponen a fondo, regocijándose cuando el paciente gime, y que cortan, cortan y destrozan... ¡Que las personas dotadas de nuestra naturaleza hayan soportado cosas así es un milagro patente! El ser humano no tiene fuerza para ello por su naturaleza. Tendrá vigor para ir a un combate, siempre con la esperanza de salir ileso, pero caminar hacia la tortura de esa manera el hombre no tiene fuerza.

Ahora bien, los mártires aguantan desafiando y mueren en la serenidad de sus almas. ¿Cómo se puede comprender eso sin el milagro? Hay, pues, un milagro evidente invitando a esa gente a convertirse.

Fuerza de Dios que penetra, empapa y toma cuenta de todo

Otra cosa que excede también la estatura humana es la maldad de los hombres que ordenan estas ejecuciones y las practican. Se diría que la criatura humana baja por debajo de sí misma cuando hace eso. ¡Se encuentran menos raramente hombres que realizan eso, pero que multitudes enteras lo practiquen es inimaginable! Aún más multitudes del más grande, más civilizado, más culto y más rico imperio que había en la Tierra. Esas multitudes se entregan al placer de ver el tormento de los demás, esa manifestación de sadismo colectivo que da la impresión de psicosis sin serlo, eso es una cosa también increíble, dentro de la cual se ve la acción del demonio combatiendo contra la acción de Dios. Este es un choque mayor que los meros hombres comprometidos, de lado a lado, que da toda la belleza al episodio. La pulcritud del episodio viene de un modo relevante, a mi juicio, de esto: el shock en el que Dios vence y escarnece del demonio.

En efecto, a lo largo de una tortura así, en la opinión pública muchos se ponen peor. ¡Se entregan así al demonio! Algunos se ponen mejor. Ellos ya saben que, si mejoran, se expondrán a una tortura así, y que su camino es el que están viendo. No es como una conversión de hoy, en la que el individuo es bautizado, el sacerdote felicita, se va a su casa tranquilo; si su familia es católica le hace una fiesta. No es eso, ¡no! En ese momento, el convertido sabía: “Esto me llevará a aque-



Bautismo de Constantino - Museo del Vaticano

llos padecimientos. Mi conversión me está poniendo en la fila de los que van a morir. Está bien, ¡me pongo en la fila!” ¡Es realmente admirable!

Se podría objetar que el efecto de eso en la opinión pública es nulo. Una opinión pública de gozadores y bandidos sólo puede ser insensible a eso, y jamás los católicos dejarán de ser una minoría.

Sin duda, esa era la apariencia. Los católicos vivían bajo la tierra. Cuando Constantino dio libertad a la Iglesia e hizo un edicto ordenando cerrar los templos paganos, no hubo protestas y todo terminó, porque, a decir verdad, no había más paganos en Roma.

La ilusión era que los paganos tenían la popularidad y todo el poder. De hecho, existe una dinámica del mal a la manera de un gas venenoso que se dilata y conquista fácilmente. Sin embargo, hay una fuerza de Dios que muchas veces es subterránea, no se percibe, pero que penetra, empapa, cuida de todo sin

que se tenga idea. En cierto momento, cuando se va a ver, Él venció.

Seamos como San Teodoro y Vamos con coraje hacia adelante

Eso se da con los que, en nuestros días, luchan por la Contrarrevolución. Constituyen una minoría azotada por todas las severidades de la guerra psicológica revolucionaria; acosada con las múltiples formas de tortura del desdén, de la ignorancia, de la persecución de sus más cercanos, y dentro de la propia Iglesia, de tal manera que un católico contrarrevolucionario podría decir: *Alienus factus sum in Domus matris*

meae - Me he convertido en un extraño en la casa de mi madre (cf. Sal 69, 9). De tal manera el contrarrevolucionario es insultado, aislado, expulsado de todos lados. Se diría: “Minoría sin futuro, condenada eternamente a ser insignificante y para quien no trabaja la victoria.”

¡Seamos nosotros como «Teodoros» y sigamos adelante con coraje! Quizás no nos demos cuenta, como san Teodoro no notó las conversiones que él mismo iba determinando; pero una cosa es verdadera: el sufrimiento de los que padecen por la Virgen es semilla de nuevos cristianos. Esta es la lección que san Teodoro nos da. Oremos a él. ❖

(Extraído de conferencia de 28/8/1981)

1) Cfr. ROHRBACHER, René François, *Vida dos Santos*. São Paulo: Editora das Américas, 1959. v. XIX, págs. 261-266



Símbolo de la santidad, majestad y fuerza – I

Analizando un león heráldico, el Dr. Plinio demuestra cómo, a través de un ente creado, nos elevamos a consideraciones de carácter metafísico y sobrenatural, reconociendo en seres materiales los símbolos de realidades espirituales.

Una de las formas de hacer apostolado, hoy en día, es hacer que las almas consideren la cuarta vía de Santo tomas de Aquino¹.

Cómo abordar el tema

Hay, sin embargo, una dificultad que consiste en lo siguiente: algunos espíritus son muy sensibles a ello; otros, por el contrario, son poco sensibles. Sin duda, esta insensibilidad es producida, en parte, por la Revolución, pero también por determinadas características legítimas del espíritu humano, que debemos tener en cuenta.

Existen personas que saben muy bien ver los reflejos de Dios en un determinado arte, pero no en otro. Por ejemplo, son muy sensibles a lo que un fenómeno sonoro refleja de Dios, pero menos sensibles a los fenómenos cromáticos. Otros tienen gran sensibilidad al elemento olfativo, para los cuales el perfume dice extraordinariamente. Otros serán aún más sensibles a una producción literaria. Y así sucesivamente.

Es decir, hay legítimas diferencias de espíritu en la consideración de la cuarta vía, lo que ya establece una



Archivo Revista

SÍMBOLOS HERÁLDICOS

Baron Isidore Stein d'Allenstein (CC3.0)



Adolf Matthias Hildebrandt (CC3.0)



Siebmacher (CC3.0)



David Liuzzo (CC3.0)



Ad. M. Hildebrandt (CC3.0)



primera dificultad para abordar el tema. Además, hay demostraciones erróneas que han acostumbrado a los espíritus a considerar las cosas de una manera equivocada.

No disponiendo en el momento de canciones ni de perfumes, me pareció adecuado hacer una exposición de la cuarta vía basada en la heráldica, disciplina nacida en la Edad Media que, a través de signos y símbolos, expresa determinadas realidades referentes a la vida de un individuo, de una familia, provincia, nación, institución, en fin, de cualquier entidad que se pueda concebir.

Analicemos el estandarte que tenemos ante nosotros. Comienzo por decir cómo el símbolo que lo compone no debe ser considerado: el león es el más fuerte de los animales; por lo tanto, es legítimo que haya sido elegido un símbolo de la fortaleza. La sangre derramada por el hombre es una manifestación del martirio y de la dedicación. De manera que es legítimo que, cuando se quiera simbolizar la valentía llevada hasta el límite del heroísmo del mártir o del guerrero, se use ese color. Entonces, por estas razones, nuestro estandarte habla de combatividad y de heroísmo: la combatividad del león y el heroísmo de quien vierte su sangre por la causa que defiende.

El asunto no debe ser examinado de esta manera. No es que sea un error decir esto, pero no es en este aspecto que el tema necesita ser abordado.

El león heráldico, quintaesencia de todos los leones

El león es un animal cuya figura ha sido acogida y manipulada por los dibujantes de la heráldica, que han intentado hacer un león evidentemente parecido a lo que se ve en las selvas, pero en el que se han acentuado los rasgos característicos, de modo que, por decirlo así, han sido estilizados. La estilización es tomar lo que es característico y representarlo de una manera notable.

En nuestro estandarte, por ejemplo, vemos que los rasgos característicos del león fueron acentuados por los heraldistas. Por lo tanto, algo que no todos los leones tienen e incluso muy pocos lo tendrán, tal vez ninguno en su conjunto; el heraldista supo, artísticamente, modelar un león que es, al mismo tiempo, la quintaesencia de todos los leones. Un león exactamente así no existe en ninguna parte. En otras palabras, es un león ultra real, por un lado, porque lo más real en el león está expresado allí,



pero, por otro lado, es irreal porque ningún león es realmente así.

Un león, así modelado, puede ser considerado como símbolo de un determinado tipo de fuerza, no porque se parezca a un animal salvaje, sino porque es otra idea. Hay varios animales en la naturaleza que pueden simbolizar la fuerza: el águila, la anaconda que estrangula un cordero y se lo come, el toro, el elefante, el rinoceronte. Pero ningún animal simboliza el tipo de fuerza simbolizada por el león.

Tomemos, por ejemplo, el rinoceronte. Un animal feo sin arquitectura. Su figura es una masa de carne llevada por garras furiosas que patean estúpidamente. Tiene una agresividad grosera, de taberna. Es la fuerza bruta en su estupidez.

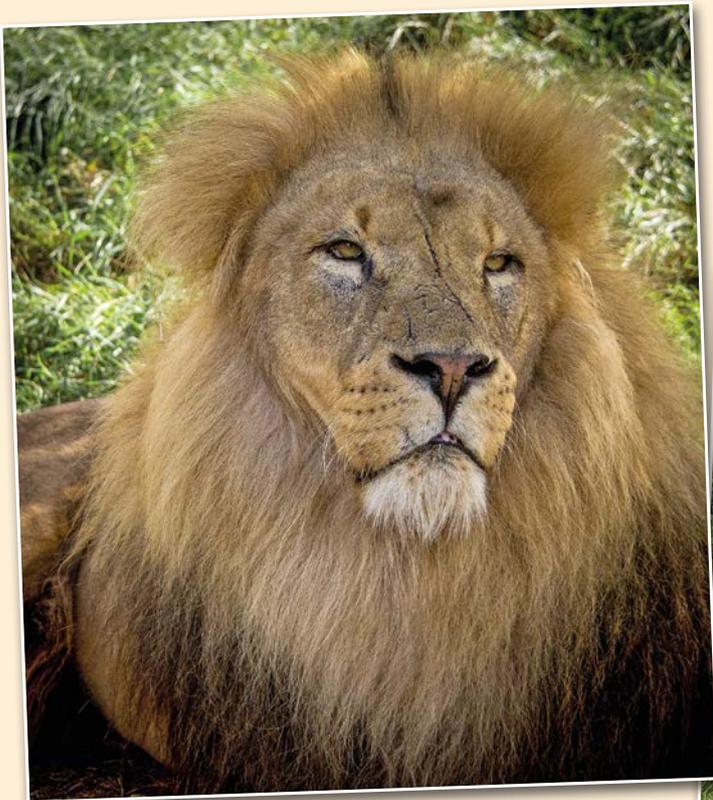
El león representa ante todo una fuerza suprema en la órbita en la que se mueve. Sin embargo, él es el primero no sólo por ser el más fuerte, sino porque es el más glorioso. Tiene su cabeza rodeada de un halo de gloria, porque aquella melena no se compone de pelos desordenados como los del rinoceronte, del búfalo, no son pelos llenos de bichos, de espacios vacíos, ni nada de eso, sino limpios. El león es un animal de corte, bien arreglado; sus pelos caen como deben caer y forman una especie de aureola medio áurea a su alrededor. Se mueve y los movimientos de su cabeza están rodeados por los movimientos prestigiosos de su melena.

Su mirada es frontal y ya tritura antes de que las mandíbulas hayan triturado, dando la impresión de que su fuerza está en el alma más que en el cuerpo, que es exactamente la fuerza bien ordenada. Es la fuerza de espíritu la que mueve el cuerpo. Y no una fuerza del cuerpo imbecil, gobernada por un espíritu insuficiente para regularla; esto es una degradación, una supremacía de la materia sobre el espíritu.

El león se cierne sobre los espacios vacíos de criaturas, pero lleno de victoria

Me dijeron que el león no ve las cosas pequeñas, sólo las grandes. Eso que podría parecer una insuficiencia tiene también su aspecto simbólico. Hay un proverbio latino que dice: *Aquila non capit muscas* - El águila no atrapa moscas. El león no mira cositas. Hay otros animales que se ocupan de ellas; está hecho para las cosas grandes, es superior en todo.

El hocico del león no es torpemente plano, ni siquiera es puntiagudo. Tiene una noble elevación que va bien con la conformidad de la cara, cubre completamente la mandíbula que aprieta sin nerviosismo, pero que rompe y come con la naturalidad con la que uno de nosotros comería, por ejemplo, una sardina. Así la mandíbula del león hará con el hueso de un animal considerable. Él tritura y aún pasa majestuosamente su lengua roja, hermosa, por aquellos labios tremendos. La lengua hace un giro elegante, moviéndose con belleza, mientras traga. Después el león cierra la boca y entra en una especie de quietud: "Ahora digeriré." Está terminada la masticación, la lucha; la deglución ya tiene algo del reposo, enseguida viene la digestión majestuosa, con la serenidad de la victoria conquista-



Lee Elvin (CC3.0)



Lee Elvin (CC3.0)

da. El león se cierne sobre los espacios vacíos de criaturas, pero lleno de victoria; y su reposo está lleno de reflejos áureos.

Delicadeza y fuerza

El paso del león es dominante, pero no el estúpido dominio con el que el elefante aplasta a la hormiga. Una catástrofe para la hormiga. Aquella montaña de carnes aplanando vilmente un pequeño bichito lleno de complejidades y de organicidad. Es la derrota de la sutileza ante el hecho consumado, estúpido y brutal.

El león no. Sus patas no fueron hechas para aplastar, sino para caminar, correr y saltar. De tal manera que salta con cierta delicadeza. No es, sin embargo, la delicadeza de lo frágil. Una de las bellezas del león es la manera en que combina la delicadeza con la fuerza. La forma en que la pata del león pisa el suelo es todo un movimiento muscular hermoso. Adelanta una pata y toma posesión del suelo, sin aplastarlo; crea una soberanía de unos centímetros alrededor de la pata, simplemente por el hecho de posarse sobre ella. Y luego aquella pata se encoge y le da apoyo. Se ve el servicio que la pata presta: llevar aquella masa imponente. Pero cuando ya se equilibró completamente, la pata ya está distendida y lista para caminar. Y va así, en una conquista progresiva de los espacios desocupados, que es una verdadera belleza. Es metódica, serena, no admite discusión, y cuando llega la hora del león correr es diferente. Porque allí aparece cualquier cosa

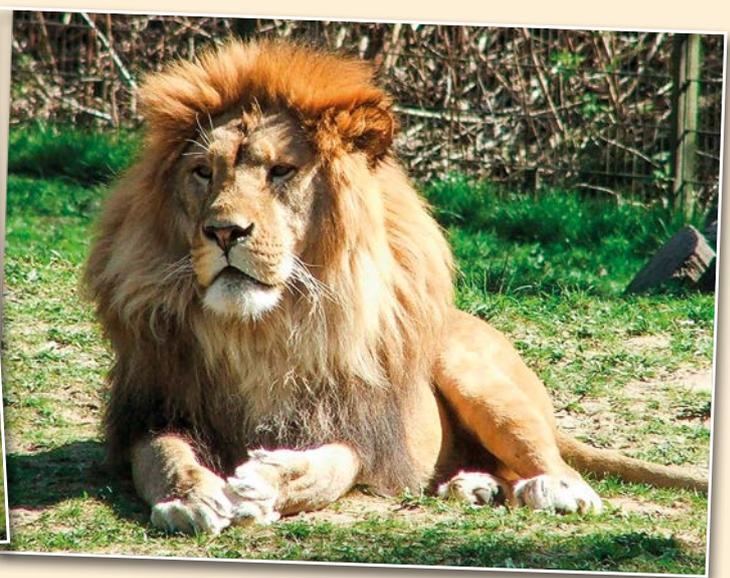


ikwener

de zorro dentro del león. Se vuelve perspicaz, se ensaña en todo, comienza a trotar preocupado y ansioso. Cada vez que él se acerca más, la mirada va fijando y ya tragando lo que las patas todavía no alcanzan. El ataque es real porque en ese momento se convierte en bípedo. Y entra con toda su estatura.

Vemos en esta figura heráldica al león que levanta las patas para agarrar, cada pata se transforma en una espada, en un arma. Con las garras así levantadas está hecho el asalto, en una especie de indignación tan majestuosa y correcta que se diría que el león está indignado contra quien se atrevió a no someterse a él. Esa actitud tiene algo de regio. De esta forma Luis XVI debería haber recibido a las multitudes revoltosas que atacaron el Palacio de Versalles.

Lemuel Butler lemuelbutler (CC3.0)



Euro-t-guide.com (CC3.0)



La cola, un poco por encima de la cabeza, da una idea del triunfo

El cuerpo del león tiene de muy bonito lo que nuestros estandartes reproducen bastante bien. El león es tan arquitectónico que posee como que dos zonas distintas del cuerpo: la zona felpuda, la de la cabeza, es la fachada del león. Así como un edificio además de la fachada, posee otras alas, el cuerpo del león tiene una parte enteramente rapada y lisa, de una forma que, a medida que va llegando hacia atrás, adelgaza. En él el pecho es más saliente. La otra parte del cuerpo se va tornando más esbelta hasta las patas traseras, que ya participan del ímpetu del combate. Casi no se percibe que las funciones digestivas ocupan una parte en el cuerpo del león. Todo en él es una máquina de guerra, en que la fisiología pasa por algo más o menos irreal. Ni se piensa en fisiología, cuando se ve un león andando. Es tan espléndido, que pare-

ciera que se cierne encima de las contingencias fisiológicas.

La cola del león fue aprovechada en nuestro estandarte para ser un ornato más. El rabo es frecuentemente feo en los animales. Sólo hay dos tipos de animales en que el rabo es bonito: el caballo y cierto género de pájaros, comenzando por el pavo real, naturalmente. Esta ave me encanta. La mentalidad moderna rechaza los pavos reales, pues para ella ellos son un símbolo del fausto inútil que no trabaja, de la cosa preciosa que vale poco dinero. Si la cola del pavo real fuese hecha de cheques, ese género de personas la comprendería mejor, pero siendo de plumas tan vistosas y bonitas ¿qué puede valer aquello?

El artista que representó ese león según la tradición heráldica aprovechó la cola del animal como una manifestación de gallardía más. Yo hice hincapié en que esa gallardía fuese tal que la cola quedase un poquito encima de la cabeza, dando la idea de un triunfo. Es decir, inclusive aquello que se arrastra normalmente por el suelo, el león tiene la vitalidad para levantarlo de un modo noble, representando casi una flámula o una bandera, que carga para dar la idea de la levedad de sus recursos, después de haber dado la idea de toda la majestad de su “personalidad”. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia de 5/1/1973)

1) Cfr. *Suma Teológica I, q. 2, a. 3.*



Vulegenda (CC3.0)



safaritravelplus (CC3.0)



IPSA CONTERET

Nuestra Señora salud de los enfermos

El hombre que, como consecuencia del pecado original, está sujeto a las enfermedades más aflictivas, recurre a menudo a la Santísima Virgen suplicándole la curación de sus males. Por eso la Iglesia la invoca como "Salud de los enfermos".

No pocas veces, la Virgen permite enfermedades y pruebas físicas para que los hombres, curados por su intercesión, sientan la bondad maternal con que la Madre de Dios los atiende y sean así más atraídos y conquistados. Nuestra Señora, Salud de los enfermos es, por tanto, en un primer plano, Aquella que restituye la salud corporal a los hombres.

¿Será sólo esto? ¿Es María Madre sólo cuando trata de nuestros males? ¿No será también insignificante el hecho de que Ella nos permita sufrir

de alguna enfermedad, y que ésta perdure largamente? Muchas veces sí. La enfermedad puede ser un medio mejor de acercarnos a ella, de alejarnos de las cosas del mundo, de comprender cómo es transitoria la vida, de purificar nuestra alma de innumerables pecados y defectos. En este caso, la enfermedad es un bien para nosotros. De tal suerte que podemos decir a la Virgen: "Si esta enfermedad es mejor para mi alma, yo la acepto. Sin embargo, vos tenéis el poder de abreviarla, si está en los designios de Dios que la salud me sea más provechosa que la enfermedad. Si es así, si mis pecados no obstaculizan vuestra misericordia, os pido que me curéis. De lo contrario, acojo con humildad lo que me dais."

Sobre todo, deben dirigirse a María Santísima los pecadores, para que Ella restituya la salud a sus almas enfermas de la peor de las enfermedades, que es el pecado.

(Extraído de conferencia de 8/9/1970)

Nuestra Señora Salud
de los Enfermos.
Santuario de
Lourdes, Francia

